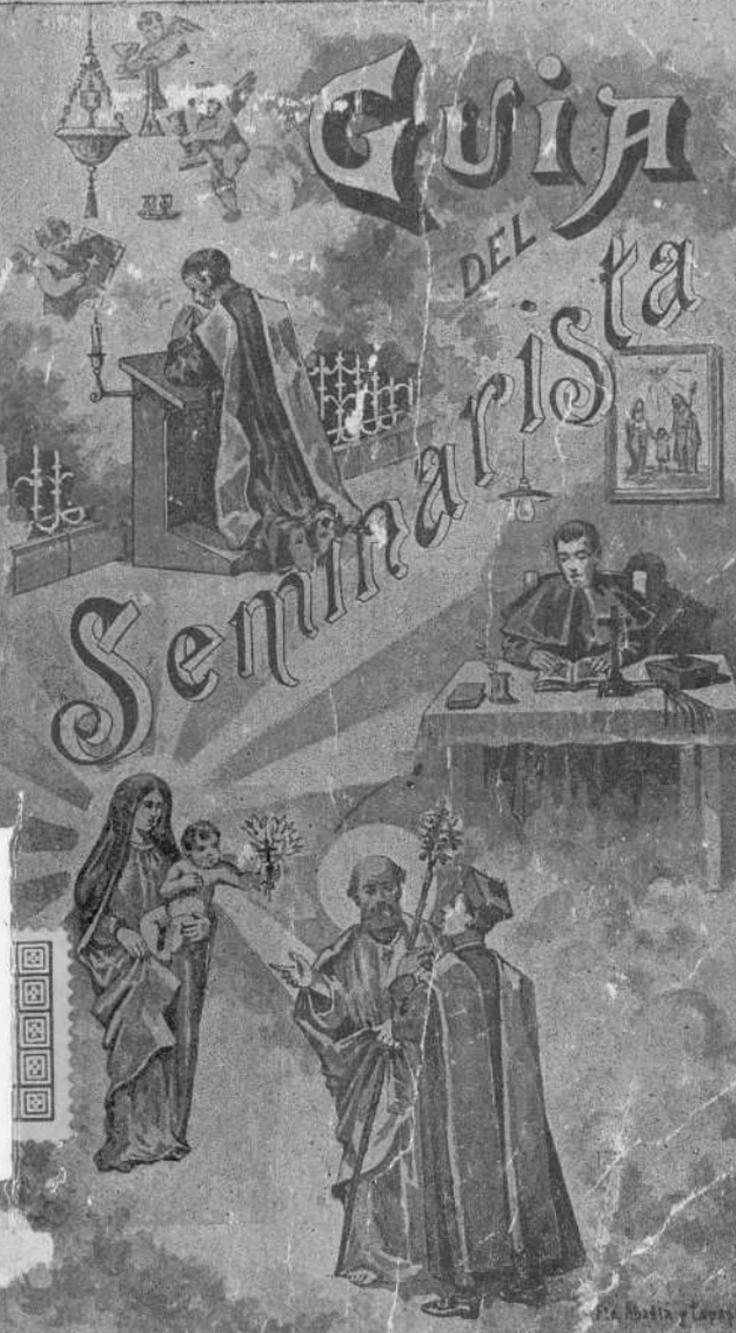


# GUIA DEL Seminarista



P. A. Abad y Lopez



tit. n.º 134029  
C.B./329779

S.P. 3383



SECCION LOCAL

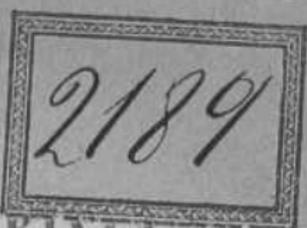


10000369779

S.P. - 3383



R.114.213



# EL GUIA DEL SEMINARISTA

POR EL ABATE

H. Dubois

SUPERIOR QUE FUÉ DEL SEMINARIO MAYOR DE COUTA

AUTOR DE

“El Sacerdote Santo” y “Práctica del Celo Eclesiástico”

~~~~~  
VERSIÓN CASTELLANA

DEL

Pbro. D. Valeriano Puertas Nava.

*Valeriano Puertas*

~~~~~  
PARTE PRIMERA  
~~~~~



PALENCIA:

Imp. y lib. de Gutiérrez, Liter y Herrero.

1900.

ES PROPIEDAD.

---

## Advertencia del Traductor

---

*Solo el mucho amor que os profeso, mis queridos seminaristas, ha movido mi pluma para verter al romance las aureas páginas del presente libro del abate Dubois. Nada os diré del merito de la traducción, temeroso de equivocarme; solo si que el autor de EL GUÍA DEL SEMINARISTA es el mismo que ha escrito El Sacerdote Santo y Práctica del celo eclesiástico, cuyas versiones á nuestro idioma andan en manos de todo buen sacerdote, donde quiera que se habla el castellano. Y añadiré que extraño me parece que, habiéndose traducido los dos anteriores libros, nadie, á falta de otras producciones de la misma indole, haya pensado antes en dar publicidad en nuestro idioma á este tercero, tanto más que no desmerece en nada de los otros dos libros del mismo autor, y siendo con respecto á ellos como el fundamento al edificio ó la raiz con relacion al arbol, y como la parte integrante de una misma obra.*

*En tres partes dividese El Guía del abate Dubois, pero yo solo me propongo traduciros las dos primeras por creerlas las más necesarias; la tercera es, pues, una serie de breves consejos y reglas de conducta, encaminadas á dirigir al nuevo sacerdote por los ásperos caminos del mundo; reglas y*

*consejos que el seminarista recién ordenado podrá hallar por extenso en las otras obras ya mencionadas. Por ahora, verá la luz pública solamente la primera parte, y espero que con la ayuda de Dios y no tardando mucho se editará la segunda. La presente es de suma importancia, como verá el que leyere; mas la otra no es menos interesante, fuera de ser también doblemente extensa.*

# Á LOS SUPERIORES Y DIRECTORES DE SEMINARIOS Y Á SUS AMADOS COLEGIALES

---

RESPECTABLES SEÑORES:

*Al proponerme la publicación de El Guía del Seminarista, á quiénes habria yo de dedicar esta producción sinó á aquellos á quienes confiara la Divina Providencia la educación de los jóvenes levitas? Puesto bajo vuestros auspicios, recomendado por vosotros, explicado y comentado (entiéndase, siempre que le juzgueis merecedor de tales favores) es muy posible, y ayudando Dios, que produzca este opúsculo algún bien.*

*Este bien seria mucho más abundante, si tanto llegara á ser cuanto ha sido el consuelo recibido dedicándome á este trabajo. Siendo la labor de los seminarios, a mi corto entender, la que sobrepaja á todas las demás, me consideraba feliz, al poder participar de alguna manera de la gloria que les cabe á los que han sido llamados por Dios para cultivar el plantel del sacerdocio, y no podia menos de bendecir al Señor porque me permitia unir mis pobres intrucciones á las suyas verbales; y porque por este medio se me presentaba ocasion de recordar aquellos dichosos dias, para mi demasiado pronto trascurridos, cuando, ocupado en desbastar y pulir las piedras del santuario, me consagraba, en la medida de mis fuerzas, á formar para la Iglesia ministros más ó menos dignos.*

*Vosotros sabeis mejor que yo, respetables se-*

ñores, que nada produce mayor inquietud en orden al porvenir como esos defectos que traen los jóvenes educandos al seminario, y de los que, desgraciadamente, apenas si se corrigen para antes de salir de este santo lugar; defectos, no hay que dudarlos, mezclados las más de las veces con cualidades reales, pero que no por eso dejan de ser menos temibles y cuyas tristes consecuencias no tardan en sentirse en el ministerio sacerdotal. Con harta frecuencia ¡peña causa el decirlo! el enemigo de todo bien oculta ante sus ojos cuanto de malo encierra el germen de mil miserias en que se hallan contenidos esos defectos; por lo que, ignorando los funestos resultados que hayan de producir, poco ó nada se cuidan de destruir tan pernicioso germen. Ante esta deplorable ceguera, me veo yo como impulsado á procurar en este libro algún remedio. Quiera el cielo que mis palabras caigan como fecunda semilla en corazones preparados á dar el ciento por uno! Mas que mía, vuestra será esta obra, venerables compañeros; pero me congratulo y felicito á mi mismo de poder decir que yo también tomaré de alguna manera parte con vosotros.

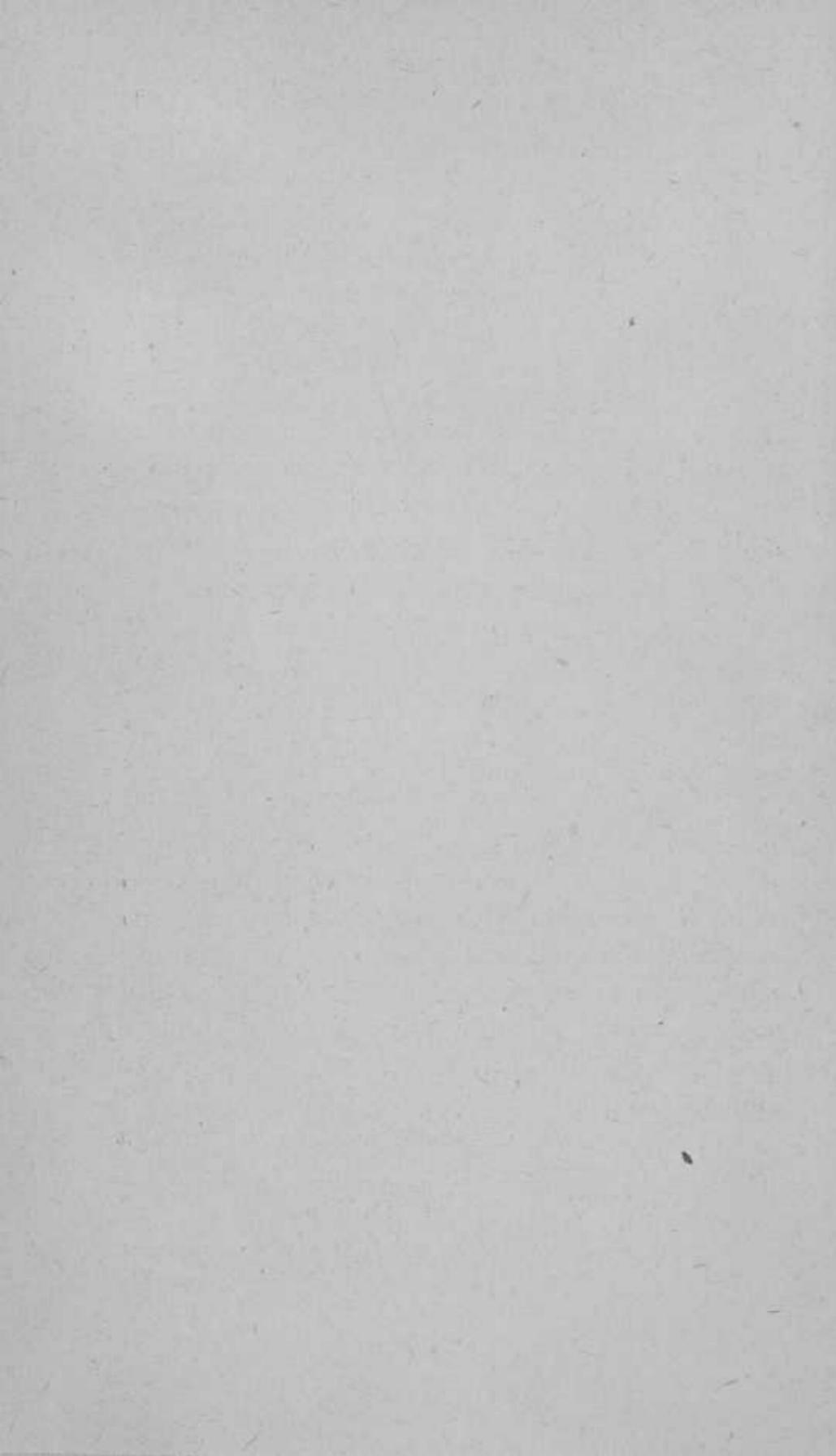
Y vosotros, amadisimos seminaristas, porción privilegiada del rebaño de Jesucristo, esperanza consoladora de la Iglesia, quien en breve os confiará lo que de más querido tiene, ah! qué dulce y consolador es para mi poder ofreceros este Guía, que os conduzca por los caminos, gloriosos si, pero también difíciles que habeis de recorrer! Un padre es quien os habla desde las páginas de este libro. Treinta años de experiencia en casi todos los car-

gos que pueden confiarse á un sacerdote, darán quizá algún valor á mis pobres consejos. Recibidles vosotros, mis queridos jóvenes, recibidles docilmente pero con esa docilidad propia para producir frutos abundantes. Me propongo nada menos que ayudaros á que seáis sacerdotes santos; sacerdotes santos, lo oís? no sacerdotes únicamente buenos, pero que no son lo suficientemente fervorosos para realizar el bien por completo. Aunque no estoy en contacto inmediato con vosotros; sin embargo, os conozco, amados seminaristas; vuestras intenciones son puras, lo sé; más os diré: son excelentes; pero adoleceis también de ciertos defectos que inutilizan por completo vuestros buenos deseos; de estos defectos precisamente es de lo que yo vengo á hablaros, para que aprovechándoos del ardor de la juventud y de la viveza de vuestra fé les ataqueis y destruyais resueltamente. No os acobarde en manera alguna lo arduo de la empresa; pues indignos os haríais del sacerdocio, si retrocedierais ante los obstáculos que Dios mismo os manda superar. Por lo demás, no estareis solos en el campo de batalla, porque el Dios del amor que os ordena combatir, ha prometido ayudaros con la fuerza de su brazo omnipotente, y entonces ¿quién de vosotros no podrá exclamar con el Apostol de las gentes: Omnia possum in eo qui me confortat... Si Deus pro nobis, quis contra nos?

Vuestro más humilde y afectísimo servidor en  
N. S. J. C.

H. DUBOIS.

Exsuperior del Seminario mayor de Coutances.





## EL GUIA DEL SEMINARISTA

---

Clasificación de los Seminaristas en malos, tibios, buenos y fervorosos.

No combatiré, en la primera parte de esta obra, ningún defecto en particular; sólo me propongo pintar el cuadro de los diversos colegiales que pueblan nuestros seminarios, y, después de haber indicado como con el dedo sus buenas ó malas cualidades respectivas, les demostraré la necesidad de corregirse de sus imperfecciones, proponiéndoles á la vez los medios á ello conducentes. De suma importancia y oportunidad me parece la clasificación de seminaristas en malos, tibios, buenos y fervorosos, la cual corresponde exactamente á otra igual que podemos hacer de los sacerdotes que han salido de los seminarios; y es porque la vida sacerdotal, como repetidas veces diré en el curso de esta obra, es un fiel reflejo de la vida del seminario.

Afortunadamente, los seminaristas *malos* son pocos en número; otro tanto relativamente ocurre respecto de los malos sacerdotes.

Los seminaristas *tibios* existen en mayor

número; lo cual puede decirse también por lo que hace al sacerdocio.

Los seminaristas *buenos* abundan mucho más en todos los seminarios; también en la Iglesia son numerosos los sacerdotes *buenos*.

Los seminaristas *santos*, los *fervorosos*, en cambio escasean en todas partes; ah! lo mismo nos vemos obligados á decir de los *santos* sacerdotes.

Por desgracia, forzoso es confesarlo, casi ningún seminarista, en llegando á ser sacerdote, permanece en aquel estado en que se encontrara al salir del seminario. No es cierto que se observan cambios muy tristes entre los eclesiásticos que viven ya en el mundo? No se les vé á esos seminaristas *malos* ser después peores sacerdotes; á los *tibios* hacerse malos; á los *buenos* convertirse en tibios; y hasta á los mismos *fervorosos* descender al nivel de sacerdotes ordinarios y quizá más abajo?

Yo no sé como encarecer á mis queridos jóvenes la atenta y asidua meditación de estas serias verdades; sólo me contentaré por ahora con decirles que el propósito que deben sacar es de colocarse entre los más fervorosos, porque, solo así, podrán encontrar una garantía sólida y segura para el porvenir. Ojalá pudiera yo conseguir que todos, leyendo las páginas que siguen, se determinasen á correr generosamente por el camino de la perfección!

## CAPÍTULO PRIMERO

**Del Seminarista malo.**

## I.

Antes de hacer una enumeración de los vicios y defectos, á que está sujeto el seminarista malo, bien será advertir aquí á mis jovenes lectores, que no vayan á creer que, para que un seminarista malo sea propiamente tal, es necesario que en él se hallen reunidos y como reconcentrados todos esos vicios y defectos. Solo un vicio, si este es grave, basta para tenérsele por malo y por lo mismo indigno del sacerdocio.

Entremos, pues, en detalles y hagamos serias reflexiones sobre los signos característicos del infortunado joven que tenemos á la vista.

Ordinariamente, el tal seminarista se halla en el seminario contra su voluntad; ciertas circunstancias, todas puramente humanas, le han traído á este santo lugar. Sus padres, poco favorecidos de la fortuna, tuvieron que hacer sacrificios considerables para su educación literaria, y cien veces le han repetido que sería grandísimo el placer que experimentarían de verle estudiar para sacerdote.

En verdad, no vendría él espontáneamente al seminario, si viera que se le abrían las puertas para cualquier otra carrera ó profesión; pero ¡oh dolor! por todas partes las halla cerradas.

Ciertas profesiones exigen grados, y á él le falta talento para conseguirles; otras requieren mucho trabajo y no poco dinero; pero el trabajar le cansa y el dinero le falta. Abrazar la agricultura en medio de su familia ú otro cualquier oficio le parece inconcebible después de pasados siete ú ocho años de estudios en colegios ó seminarios menores. Solo, pues, le puede sacar de estos apuros el estado eclesiástico; á más de que, abrazándole, proporcionará á sus padres sumo placer, asegurará un porvenir honroso, y quizá no faltarán personas piadosas que, creyendo hacer una obra de la mayor gloria de Dios, secundando su vocación, le ayuden con recursos pecuniarios. Por lo que, al sacerdocio dirige sus pasos; pero, claro está, impulsado solo por motivos puramente humanos y siempre dispuesto á abandonar el seminario, tan pronto como se le presentase otro partido más ventajoso.

Cierto es que, hablando allá en sus adentros, trata de persuadirse á si mismo, de una manera vaga y sin precisión, de que también él cumplirá, como los demás, con su ministerio sacerdotal: que predicará, confesará, etc; pero bien se vé que esto no es otra cosa que dar cebo á su con-

ciencia para engañarla y entretenerla; que, por lo demás, sus gustos, deseos, é inclinaciones no llevan aquel signo característico de decisión que es el rasgo distintivo del seminarista sólidamente piadoso. Entrará, si, en el seminario, pero con suma frialdad y tan solo por cálculo; no impulsado por un motivo de celo de la gloria de Dios, ni llevado allá en alas de su fervor.

Lastimosa fué en el mundo su conducta; no habiendo tenido nunca un verdadero fondo de virtud, anidaren en su alma una multitud de vicios; la impureza principalmente destrozó su espíritu. Esclavo de mil pasiones inveteradas, casi nada hizo por combatirlas, y en vano buscaríamos en su vida pasada esa transición súbita y completa que es la señal de una conversión propiamente dicha.

Graves y frecuentes caídas precedieron inmediatamente á su entrada en el seminario, y jamás concibió contra sus pecados ese sentimiento vivo de horror que siempre experimenta el que de veras se vuelve á Dios.

A veces causó también escándalo en el pueblo, y los que fueron testigos de sus caídas ruidosas, no lo pudieron ser de una conveniente y pública reparación mediante una vida santa.

Dentro del seminario, en el supuesto que no trate de encubrir sus vicios con la capa de la hipocresía, que es lo más frecuente, suele ser por

su conducta la pesadilla de los superiores y la piedra de escándalo de sus compañeros.

La insubordinación es su elemento propio; para él es carga pesadísima el reglamento, el cual infringe sin escrúpulo alguno, sistemáticamente y á veces hasta en materia grave.

Si esto último no lo hace con frecuencia, no es precisamente por respeto á la regla, en cuanto que ésta sea la expresión de la voluntad divina, sino por temor á que se le expulse, cuya eventualidad le cerraría para siempre las puertas del único porvenir á que puede aspirar.

El estudio para él no tiene atractivo alguno; porque uno de sus vicios más dominantes es la holgazanería. Solamente estudia tanto cuanto sabe que le basta para alcanzar del tribunal de exámenes la aprobación. Si hubiéramos de penetrar en sus intenciones más íntimas, pudiéramos conjeturar, sin temor á equivocarnos, que en vacaciones no habría de volver á abrir un solo libro.

Los seminaristas menos edificantes son sus amigos predilectos. Solo con ellos desea pasar, no obstante las prohibiciones de los superiores, las horas de recreación y las de paseo. Solo á su lado se encuentra satisfecho; entonces es cuando desahoga su espíritu, comunicándose en conversaciones, siempre frívolas, á veces poco edificantes, y frecuentemente peligrosas.

Desconoce por completo todo lo que á la piedad se refiere, y estando solo de cuerpo presente en la capilla porque la necesidad le obliga, en cambio su espíritu no cesa un momento de estar entretenido en una multitud de pensamientos frívolos é impertinentes.

Hace las comuniones con tanta frialdad como los demás ejercicios espirituales; y es á quién menos se le ve sentarse á la mesa eucarística, á la cual se acerca con disposiciones muy dudosas.

De vez en cuando, pasiones mal reprimidas anuncian su presencia mediante violentos ataques, siendo lastimosas caídas su natural resultado. El tiempo de las vacaciones, principalmente, es la ocasión más propicia para estos ataques y tales caídas.

Levántase de ellas perezosamente, combate con suma flojedad y confiesa con no pequeña indiferencia, siendo todo ello indicio de que un nuevo asalto traerá consigo una nueva derrota.

Pero donde principalmente se distingue el seminarista malo de los buenos es por lo que respecta á su vocación. Estos apenas pueden persuadirse de que hayan sido llamados por Dios al sacerdocio; tiemblan sin motivo alguno, y sus propios confesores se ven en un apuro para inspirarles confianza y aliento, hasta el extremo de ser inútiles á veces todos sus esfuerzos, y de ver como algunos sobre cuya vocación no

tienen la menor duda, renuncian á ser sacerdotes por un exceso de temor. No así nuestro temerario joven, el cual se encuentra en disposiciones diametralmente opuestas. Nada le hace temblar, nada le alarma; y allá se lanza á las órdenes sagradas con una calma espantosa, y tal es en este punto su ceguedad que jamás le ha venido á las mientes la más pequeña duda de si sería ó no llamado por Dios.

En asunto de tanta importancia, rehusa buscar en autores graves la luz que teme descubrir, y no puede tolerar que se hagan instrucciones públicas sobre la materia, las cuales con tanta facilidad olvida cuanto fuera su disgusto en oirlas.

Ni aún á su confesor quiere consultar sobre punto de tanta trascendencia, juzgando ser suficiente con declararle semanalmente sus pecados. Procura por todos los medios posibles ocultarle su vida pasada, valiéndose de diversos subterfugios para evadirse de hacer una confesión general, siempre recomendable y algunas veces absolutamente necesaria.

Si el propio confesor, tomando la iniciativa, le descubre los temores que siente acerca de su vocación, en vez de hacer como el buen seminarista, el cual, ó renuncia al estado eclesiástico, ó difiere al menos la recepción de las órdenes sagradas, este tal aflige ó embaraza al confesor

por su tesón en sostener que la vocación es buena y legítima, concluyendo por manifestarle que la resolución está hecha y nada será capaz de hacerle volver atrás.

Si no puede alcanzar de su confesor una decisión favorable, entonces trátale de hombre de poco espíritu, ó de casuista demasiado severo, y déjale para ir á llamar á otra puerta con la esperanza de hallar un director más acomodaticio.

Desgraciado joven! pues si fuera sincero y quisiera ir de buena fé en busca de la luz, vería inmediatamente que no ostenta ni una siquiera de las señales que generalmente se enumeran para el conocimiento de la verdadera vocación.

En efecto, no *conserva la inocencia bautismal*; pues hace mucho que la perdió, no una sinó mil veces, por medio de pecados, quizá muy graves.

Mas si perdió la inocencia, puede decirse al menos que la *haya reparado* mediante una penitencia constante y formal? Esa conversión dudosa y superficial después de grandes crímenes; esas recaídas frecuentes hasta en los días inmediatamente anteriores, y quizá también posteriores á su entrada en el seminario; ese insignificante horror por sus desórdenes, desórdenes que hubieran movido á los santos á escoger una casa de corrección más bien que el seminario;

esa falta absoluta de penitencia y de una expiación proporcionada al número y gravedad de los pecados cometidos, son acaso la señal de una inocencia reparada tal como la Iglesia lo pide?

Por lo demás ¿podrá asegurar que es *para su intención*? Por lo menos así trata de persuadirselo; pero si hubiéramos de penetrar en el fondo de su alma, ah! que cosas veríamos! Veríamos que el movil principal de su corazón al abrazar el estado eclesiástico, no es un amor tierno al adorable Jesús, ni el celo ardiente por la gloria de Dios, ó por la salvación de las almas, ni menos el fervoroso anhelo de consagrarse al servicio de la Iglesia, sinó solo miras terrenas y puramente humanas, las cuales se avergonzaría seguramente de manifestar á sus propios amigos; por lo que lejos de atraer sobre sí las gracias y favores del cielo, merecerá un espantoso castigo.

*La especial aptitud que se exige para las funciones sacerdotales* es además un punto que debiera inquietarle mucho. Sabido es que esta aptitud debe ser interna y externa. Ahora bien, suponiendo que tenga esta última, á saber, buena presencia, respetabilidad, decoro, modestia y otras disposiciones naturales, las cuales suelen faltar á los malos seminaristas, posee acaso la aptitud interior que es la más importante, á saber, santidad, ánimo esforzado, abne-

gación, prudencia y demás cualidades que los santos piden para el sacerdote?

Con respecto al *espíritu eclesiástico*, cómo podrá persuadirse de poseerle, por cuanto su conducta es tal como la acabamos de pintar? No es cierto que quien le mueve no es el espíritu de Dios, sino únicamente el espíritu del mundo?

En fin, el que *su obispo* ó los superiores le admitan á los ordenes sagrados podrá al menos inspirarle alguna confianza? Ciertamente así fuera, si se hubiera prestado á facilitar los medios de poder formar sobre él un juicio razonado y concienzudo. Mas habiendo mañosamente hecho uso del antifaz, del artificio, de la adulación y de importunos ruegos; habiéndose obstinado en no querer consultar con sus superiores puntos tan delicados y substanciales como el de la vocación; habiendo tenido tanto empeño en ocultar á su confesor ciertos detalles cuyo conocimiento era necesario para formar un juicio recto sobre el estado de su alma; entonces, sobre qué puede apoyarse para presumir que porque le admite el obispo á las órdenes, puede legítimamente y en conciencia acercarse á recibirlas?

Tales son los rasgos principales que caracterizan al seminarista malo; otros muchos podríamos exponer aquí, pero basten los ya expresados para conocer á estos desgraciados



jóvenes. Veamos ahora el espantoso porvenir que ellos mismos se preparan.

## II.

El espectáculo más triste que en este mundo puede presenciarse, es sin duda alguna el que presenta un sacerdote poco edificante. Dios echa sobre él miradas de cólera, la Iglesia lo arroja de su seno, los hombres lo desprecian y vilipendian, y aún él mismo, cuando, al cruzar una ráfaga de luz por su mente, reconoce lo indigno de su vida miserable, se arroja en brazos de la desesperación; pero no es este el colmo de la desgracia: el que él se desespere, pierda y condene; sinó, quién podrá contar el número de almas que durante los cuarenta ó cincuenta años de un ministerio de destrucción sumerge en el infierno, acabando por sumergirse él también?

Quizá ante esta horrible perspectiva tiembles tu, infeliz y amado jóven! dichoso entonces, sí, mil veces dichoso, si así fuera y ojalá te haga temblar hasta la médula de los huesos! Porque en este caso un tal espanto sería para ti como el mejor salvo conducto contra el mayor de los infortunios.

Este mismo porvenir, piénsalo bien, también te espera á tí, si continuaras siendo un seminarista indigno, y llegases á entrar en el sacerdocio

por otra puerta que no sea la de una buena y legítima vocación.

El mismo Jesucristo dice que, si no entras por la puerta, y saltas al sacerdocio por la ventana, serías un intruso, un usurpador temerario, diré su mismo término, un ladrón: *Qui non intrat per ostium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro.*

Veamos como esto sucederá.

Lo que con ansias más vivas busca siempre el infierno, es que caiga el sacerdote en el pecado mortal. Para conseguirlo, no hay medios que no emplee, esfuerzos que no haga, ni resertes que no ponga en juego. Durante algunos meses y aún por años enteros no cesa de darle terribles acometidas, no llegando jamás á perder la esperanza de alcanzar lo que pretende. Confesémoslo con dolor; á veces los más piadosos seminaristas, aunque lleguen á ser sacerdotes muy fervorosos y ejemplares, son también víctimas de estos temerosos asaltos. Los más, cierto es, salen triunfadores, pero otros sucumben; la derrota sufrida cuestale cara al infierno; pues con esto otros muchos escarmientan en cabeza ajena.

Que será, pues, de tí, querido joven, tú que no puedes contar con ayuda ni protección alguna, que te lanzas al sacerdocio, como un soldado sin armas sobre un campo de batalla, todo plagado de enemigos!

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso son esas gracias sacramentales de la ordenación, las cuales le porporciona una vocación santa; podrás también contar con éstas gracias, tú que á manera de ladrón nocturno has escalado el santuario contra la voluntad divina: *Ille fur est et latro?*

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es el aborrecimiento al pecado y ese firme propósito que al entrar en el seminario hizo de morir antes que pecar; tendrás también este mismo horror, siendo sacerdote, tú que, cuando eras seminarista, jamás concebiste aborrecimiento alguno á ese mismo pecado. Quizá así lo presumas; pero esta presunción, créeme, amigo mío, es una terrible ilusión con que intenta engañarte el enemigo.

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es esa humilde desconfianza y constante cuidado que tiene de velar sobre sí; velarás de igual modo sobre tí mismo, tú á quien la disipación trae tan descuidado, á quien el amor de los placeres arrastra y domina, y no piensas jamás en los peligros que te cercan?

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es la fuga de las ocasiones, aun de las menos peligrosas en apariencia; huirás de los peligros, tú que les buscas en las vacaciones, apesar de haber caído una y mil veces en ellos, y de las reglas que te ha dictado tu confesor para evitarlos?

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es ese mantenerse alejado del mundo, del juego, de los espectáculos y de banquetes bulliciosos; le imitarás en este punto, tú para quien el seminario es como prisión insoportable, y que corres tras las comodidades, los placeres y todo lo que halaga á nuestros sentidos?

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es el acompañarse de otros sacerdotes tan fervorosos ó más que él, los cuales le enardecen con sus buenos ejemplos y á quienes procura imitar; frecuentarás el trato de estos sacerdotes, tú que ahora siempre huyes de los seminaristas piadosos, y no gustas más que de juntarte con los menos edificantes y más relajados?

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es el espíritu de orden y el amor á la regla; llegarás á adquirir tan buenas disposiciones, tú para quien es como yugo pesadísimo el reglamento, el cual infringes sin el menor escrúpulo en cuantas ocasiones se te presenta?

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es el celo de las almas y ese espíritu de fervor con que procura hacer todo cuanto puede para asegurar su salvación; sentirás tu también este ardiente celo de la salvación de las almas, tú que apenas te cuidas de salvar la tuya, y no sientes en tu frío corazón ni una centellita siquiera de caridad hacia el prójimo?

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es la afición al estudio y la inclinación á la soledad; tendrás estas mismas aficiones, tú á quien aburre la vida retirada, que no sabes qué hacerte en la celda y empiezas á bostezar en abriendo un libro?

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es esa elevadísima idea que siendo joven se formó en su mente y que ahora no cesa de cultivar en su espíritu con santas reflexiones, acerca de la sublime dignidad del sacerdocio y de lo grande de su ministerio; tendrás tú también fija esta saludable idea, que jamás supiste lo que era ser sacerdote, á quien dejan frío é insensible cuantas instrucciones se te dan acerca de este punto; que consideras el estado eclesiástico como una profesión cualquiera y piensas hacerte sacerdote, como si hubieras de hacerte médico ó abogado?

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es la frecuencia de los sacramentos, los cuales procura recibir con santas disposiciones y exquisita preparación con el objeto de sacar todo el fruto posible; les recibirás de igual modo tú que ahora te acercas á ellos con tan fría indiferencia, no sacando por lo mismo fruto alguno para tu aprovechamiento espiritual?

Lo que sostiene al sacerdote virtuoso es el constante ejercicio de la oración y de otras prácticas de piedad que nunca abandona y siempre

hace con solícito afán, por creerlas como el fundamento y condición indispensable para conservar la virtud; llegarás á imitar á este fervoroso compañero, tú que miras con horror cualquier ejercicio de piedad, á quien siempre parece largo, muy largo el más corto tiempo de oración, que tan solo honras á Dios con los labios, causando así profundísima pena á tus superiores por esta tan glacial indiferencia hacia las cosas divinas?

Lo que sostiene, en fin, al sacerdote virtuoso, es ese retiro anual de ocho días, al menos, de ejercicios espirituales, poderosa palanca, capaz de levantarle de la postración, si en ella hubiera caído; buscarás con afán este eficazísimo remedio, ó por lo menos sacarás de él abundantes frutos, tú que en el seminario haces estos mismos ejercicios sin el deseo de aprovechar y como por fuerza, pareciéndote demasadamente penosos, por lo mismo que te obligan á entrar dentro de tí, donde no hallas mas que desorden y confusión espantosa?

Ahora bien; si, como ya se dijo, hasta el sacerdote santo, á pesar de todos los recursos de santificación de que echa mano, concluye por entibiarse á veces, y á veces también padece horribles naufragios, cómo podrás tu evitarles que no empleas ningún medio de los que á él le sostienen, y viéndote perseguido por el demonio

con tanta más tenacidad cuanto mayor sea la pereza y flojedad que en tí observa?

Créeme, joven amigo, pues lo confirma una constante experiencia: si tu eres un seminarista malo, no podrás menos de ser un mal sacerdote. Cuántos, ¡cielos! que, hallándose más afianzados que tú en la virtud, han deshonrado el sacerdocio, afligido á la Iglesia, escandalizado á los pueblos, y perdido una infinidad de almas por su escandalosa relajación! ¡He visto, dice S. Agustín, caer á los cedros; he visto, sí, caer á varones santos cuya virtud me parecía estar muy por encima de la de los Jerónimos y Ambrosios!»

Sí, amado joven, mil veces sí; tú caerás también; y si acaso te levantas, será para dar una nueva y más terrible caída, y entonces, ah! entonces no pienses que vuelvas á levantarte, pues quedarás ya caído para siempre. La primer sacudida del enemigo no hará más que conmoverte; la segunda te inclinará hacia un lado; la tercera te derribará al suelo, y echará al abismo; y la obra infernal quedará consumada y tu alma destrozada para siempre. Desde entonces ningún rezo, ninguna meditación; nada de lectura espiritual, ni de otros ejercicios piadosos; abstención absoluta de todo trabajo, de la regla, etc; falta absoluta de vigilancia y de todos los demás medios saludables, empleados por los santos; vida lánguida y desocupada, pasos imprudentemente

dados, compañías sospechosas, amistades llenas de peligros, conducta exterior, al menos ambigua, ministerio infructuoso, algunas precauciones aún, para salvar apariencias, pero al fin escándalos, suspensiones y otras penas canónicas y todo el espeluznante cortejo de infamias que acompañan á un sacerdote relajado; he aquí, amigo mío, lo que te espera, si no recurres pronto á los medios que voy á proponerte para que te preserves de este diluvio de males.

### III.

—Siendo el seminarista malo como el germen ó semilla, digámoslo así, del sacerdote relajado, claro está que lo primero que has de hacer, es cambiar la naturaleza de este germen, si no quieres que produzca para el porvenir amarguísimos frutos. En otros términos, necesario es de toda necesidad que experimente tu conducta actual una reforma radical y completa, y te resuelvas decidida y denodadamente á arrancar de tu corazón esa antipatía que sientes hacia la piedad, y que con la gracia divina marches animoso por el camino de la virtud en unión de tus compañeros más aventajados.

—Para que en tu alma broten estos generosos sentimientos, y puedas sobre todo ponerles en práctica, no ceses un día tras otro de hacerte estas ó parecidas reflexiones: Nada más espan-

toso ciertamente que la condición de un sacerdote poco edificante; su vida es la abominación de la desolación en el lugar santo; afrentosa su muerte y no pocas veces repentina; sus tormentos en el infierno llevan un sello característico de ignominia, siendo por otra parte mucho más horribles que los de los otros condenados. Pues qué! siendo esto así, he de ser yo un sacerdote relajado?

No, mil veces no, antes morir mil muertes, oh Dios mío, que esto acontezca!

—Además, autores de mucho peso, desapasionados y muy eruditos, no se cansan de decir, asegurándolo con la mayor convicción, que la vida del seminarista es y ha sido siempre una imagen anticipada de la vida sacerdotal; que el colegial, aun el más fervoroso, cede á veces mucho de su antiguo fervor en llegando á ser sacerdote, no habiéndose en cambio nunca dado el caso de que un seminarista malo se haya vuelto un sacerdote bueno; que antes bien se familiariza tanto con las cosas santas, que nada le conmueve y no dá un paso hacia el mal sin que caiga en pecados vergonzosos que luego se constituyen en hábitos imposibles de desarraigar. Qué ciego sería yo, si estas terribles verdades no pudiesen siquiera con un rayo de luz iluminar mi inteligencia! Señor, abrid mis ojos y haced que vea: *Domine ut videam.*

—Pues si, aun en la suposición de que fuera el colegial más piadoso del seminario, debiera temblar de pies á cabeza, qué he de juzgar entonces de mi triste situación, viéndome, como me veo, el más flojo, el más frío, y el más escaso de virtud de entre todos mis compañeros? Si no tiemblo, pues, ante esta consideración, no será evidente que ya estoy del todo ciego, y mi corazón endurecido en el mal, lo cual constituye, según me dicen, el caracter distintivo del indigno sacerdote?

Qué debo hacer, pues? Continuaré por la senda de la indolencia y del pecado? Ah! esto sería caminar hacia el infierno. Me persuadiré que el sacerdocio me hará entrar en el buen camino, y sea mejor? Esto sería dar un solemne mentís á la experiencia de todos los días. Presumiré de que, poniéndome voluntariamente al borde del abismo, podré evitar el caer al fondo, y no incurra en esas nefandas prevaricaciones que han hecho del sacerdote un Judas ó un demonio? Sería una presuntuosa y loca confianza, la cual ha llevado muchos condenados al infierno. Abrigaré, al menos, la esperanza de que me levantaré animosamente después de la primera caída, y que el horror que esta produzca en mi ánimo, me libraré de dar un segundo tropezón? Sería ciertamente una vana ilusión que el demonio procuraría sugerir en mi espíritu con el mal-

vado intento de arrojarme más pronto á la sima que me estaría abriendo. Podré también estar tranquilo, creyendo que la conducta que observo en el seminario no es, al fin, tan depravada como parece? Seria olvidar que mi vida debe ser santa, muy santa, y que por mucho que lo fuera, debe serlo siempre más. Si! lo reconozco, todos esos cálculos que inventa mi propia relajación, no son otra cosa sino lisonjas del enemigo y lazos que tiende á mi poca experiencia y mucha flojedad de espíritu. No hallo otro camino y debo seguirle: vivir como un santo, consagrándome de lleno á la virtud, para poder así pasar pronto de uno á otro extremo, de una vida relajada á otra de acendrada piedad. Esta es la única tabla que me queda para evitar el naufragio. Oh tabla de salvación, yo me acojo á tí, como á mi única esperanza! *Deus, in adiutorium meum intende.*

—Después de esto, debo también examinar detenidamente el importantísimo asunto de mi vocación, pues nunca me he detenido á hacer tal examen y tiempo es ya que me ocupe de ello. Hasta ahora no he pensado más que en ser sacerdote por encima de todo. ¡Cuántas veces me he dicho á mí mismo: Presbítero he de ser, y lo seré, pese á quien pese! Ahora veo este importante negocio de otra manera; no es á mí á quien toca tomar una tal resolución; es, pues,

á mi confesor á quien incumbe indicarme lo que debo hacer. Nada ciertamente pesan ya en mi ánimo, sobre todo comparándolo con esa terrible desgracia de entrar en el sacerdocio sin vocación, esas ideas que antes cruzaban por mi mente y tanto preocupaban mi espíritu, de *qué sería de mí, qué diría el mundo, qué mis padres, si abandonaba el seminario*. Sí! yo le abandonaré, si es necesario; y le abandonaré, no solamente si mi confesor así me lo ordena, sinó también aun cuando le vea indeciso y como perplejo en sus contestaciones sobre mi vocación; pues no quiero indecisiones ni incertidumbres sobre un punto tan delicado, sinó hallar seguridad completa, prefiriendo mil veces ser un buen seglar en el mundo á exponerme á ser un mal sacerdote dentro de la Iglesia de Dios.

—Por eso, pues, debo descubrirme á mi confesor tal cual soy; en vez de ocultar, como hasta aquí, mi vida pasada, he de decirle con toda franqueza: «Padre mío, he llevado en el mundo una vida lastimosa, y quizá sea necesario que vos lo sepais. Si lo quereis, dispuesto estoy á manifestaros quién soy yo; decid una sola palabra y se abrirá mi corazón para revelaros todas sus miserias: *Paratum cor meum.*» Insistiré en lo mismo, sobre todo si le veo indeciso en este punto.

—Mas esto no basta aun; sin contemplacio-

nes de ningún género, sin el más ligero rebozo le expondré claramente qué motivos me han traído al seminario, y cuales me hacen permanecer en él; el poco gusto que en mi alma siento hacia el estado eclesiástico; la prisa que me daría para abrazar otra carrera, si contara para ello con medios; la fuerte inclinación que me arrastra hacia el mal, si bien no caiga en pecados mortales; mi afición al mundo y á los placeres que proporciona, aunque honestos; el poco atractivo que tienen para mí el retiro, la piedad y el estudio. Si se lo manifestaré todo, y responderé con ingenuidad á todas las preguntas que me hiciere. Si experimentase alguna repugnancia en descubrir tal ó cual cosa, entonces me diré resueltamente. «Razón de más para declarárselo.» Y con el fin de estimularme más y más á hacer una tal declaración, me reprenderá á mi mismo, diciendo: «Embustero miserable! quieres tu ser un sacerdote malvado? quieres contrariar la voluntad de Dios? quieres atraer sobre tu cabeza la cólera divina? quieres caer en el infierno, arrastrando en pos de tí toda una generación de fieles que serán eternamente reprobados por tu culpa, y que, si no fueses sacerdote, todos se salvarían? Sí, Dios mío, mil veces sí; yo todo lo diré, pero es menester que vos mismo abrais mi boca.»

—Todo eso está muy bien, amado joven, y

debes bendecir al Señor porque te inspira tales sentimientos; pero piensa que no es lo bastante; pues aún ha de ser más radical la reforma de tu vida. Aún no tienes concebido bastante horror al pecado, y te crees casi un santo porque no ofendes al Señor tanto como antes; y por eso vives tranquilo, cuando debieras llorar y gemir por tus pasadas miserias. Vete, pues, al manantial de toda verdad, y estudia á los pies del crucifijo lo que es un solo pecado: medita su naturaleza, la grave injuria que con él se hace á Dios, los estragos que causa en el alma donde reside, y los eternos castigos que le están preparados al pecador. Cuida de alimentar tu espíritu con estas verdades, ya en tus oraciones, ya en las visitas que hagas al Santísimo Sacramento, como en los demás ejercicios de piedad; pide al Señor que te ilumine y haga ver el pecado en toda su fealdad, como le vieron los santos, y redobra estas mismas súplicas hasta que consigas que te estremezca y horripile la sola posibilidad de cometerle. Quizá no hayas hasta ahora considerado el pecado de esta manera, y he aquí porque has sido y sigues siendo todavía tan miserable.

—Con estas reflexiones debes mezclar las que se refieren á la sublimidad del sacerdocio. Ya te he dicho que en esta materia te hallas como sin sentido; pues nunca, ante la perspectiva



de un ministerio tan sublime y divino, te has sentido impresionado, sobrecogido y como amedrentado; antes, tal ha sido tu ceguera, que le comparabas y confundías con los cargos civiles, de los que ciertamente dista tanto, como el cielo dista de la tierra; tampoco tienes formado todavía un concepto exacto de la santidad que deben tener los que á tal dignidad aspiran, ni de aquel respetuoso temblor que en los mismos ángeles produce el ver al sacerdote en el altar, teniendo entre sus manos al Dios que adoran. De todo esto es menester que te compenètres bien y lo grabes con caracteres de fuego en el fondo de tu alma, si es que sinceramente deseas llegar á ser un sacerdote santo. ¡Qué cambio tan repentino y radical se efectuaría en tu espíritu, si procuraras sustituir estas serias reflexiones por esas frívolas ideas que absorben toda tu atención.

—Acógete á la piedad, como á única áncora de salvación. Sin piedad, imposible es que haya vocación; es más, puede ocurrir ser uno piadoso y muy piadoso, y, sin embargo, no ser llamado por Dios al sacerdocio; mientras que aquellos que no sean piadosos, de ninguna de las maneras son elegidos para tan alta dignidad, á no ser que digamos que ellos mismos se han hecho indignos por su poca ó ninguna correspondencia al llamamiento divino. Ahora bien, no presumas tú que eres ya piadoso, por el hecho mismo de asistir

con puntualidad á los ejercicios espirituales de la comunidad; para ello fuera necesario saber si asistes más bien con el espíritu que con el cuerpo; si te recreas y gozas hallándote en la oración, al pie del tabernáculo, cuando te acercas á la mesa eucarística, ó después de haber leído en un libro piadoso; has de ver también si gustas más de hablar de cosas santas con los seminaristas fervorosos, ó prefieres las conversaciones frívolas de algunos de tus compañeros que á tí se asemejan; has de ver si diriges todas tus cosas á la gloria de Dios, practicándolas solo por agradarle, y si de vez en cuando te deleitas poniéndote en su divina presencia. ¡Cuánto habría que hacer, amigo mío, hasta conseguir la santidad que se nos pide! Pues, ánimo y no desfallezcas; que Dios hará mucho más que tú en este negocio, si imploras su protección.

—Rompe pronto con aquellos compañeros que te impiden acercarte á Dios, y que con sus ejemplos aumentan en tí esa frialdad por su santo servicio. Huye, pues, de aquellos con quienes te acompañabas; y acompáñate de los que antes huías. Cada cual se une á su semejante; *Similis similem quærit*, dice el proverbio, como habrás tenido ocasión de observarlo en tí mismo, juntándote como instintivamente con los que á tí se parecían; y ahora verás como, consagrándote de lleno á la piedad, te sentirás como impulsado á unirte con los más fervorosos.

—Procura edificar á todo el seminario con un cambio radical de vida. Pues le habías escandalizado con tus ligerezas, con tu orgullo y con tu espíritu de insubordinación, justo es que repares estos males con una conducta diametralmente opuesta, de tal manera que en adelante puedan decir todos de tí: He aquí ahora un seminarista modelo ¡qué mudanza más completa! qué fervor! qué piedad después de tanta indiferencia! *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est.*

—Acomete con vigor contra todos tus defectos, y no perdones uno. Cualquier defecto es una perniciosa reliquia de tus antiguas pasiones, y esa raíz que dejaras sin arrancar en el corazón, luego las haría brotar de nuevo. Quien de veras teme á Dios y desea ganarse su amor, nada omite ni deja de por hacer para conseguirlo. *Qui timet Deum, nihil negligit.*

—Sobre todo debes combatir la ociosidad. Generalmente, el seminarista malo es poco estudioso; y la razón es porque los estudios serios de cosas sagradas de un seminario no pueden avenirse con un carácter frívolo y ligero. La pereza le adormece hasta el punto de aletargarle por completo. La piedad y el estudio; he aquí las dos alas con que ha de volar el seminarista; fallándole cualquiera, ó ambas alas á la

vez, no podrá, como el ave, remontar el vuelo á las altas regiones de la ciencia y de la virtud, sinó que, como el reptil, tendrá que arrastrarse por el fango de las pasiones. *Ama scientiam*, dice S. Gerónimo, *et vitia carnis non amabis*.

—Debes velar sobre tí más que nunca, durante las vacaciones; podemos decir que éste es el verdadero tiempo de las pruebas y del noviciado en orden al sacerdocio, y lo podemos decir con mayor motivo que del de tu permanencia en el seminario. La conducta buena ó mala que en ellas observes, esa misma será la que tengas, siendo sacerdote. El seminarista que durante las vacaciones no piensa más que en divertirse, que no abre un libro, que reza poco y mal, que corre de aquí para allá, que no huye de las malas compañías, que gusta de hallarse en festines y saraos, que no evita en fin las ocasiones peligrosas, todo esto, y mucho más hará, cuando llegue á ser sacerdote. En saliendo ordenado del seminario, para él empezarán unas vacaciones larguísimas que no terminarán sinó cuando baje al sepulcro, y durante las cuales seguramente se extraviará, si es que, siendo seminarista, no se cuidó de pasar santamente las de sus estudios clericales. Lo contrario ocurrirá al seminarista piadoso: habiendo servido de edificación espiritual al pueblo mediante una vida santa, podemos presumir

con sólido fundamento, que continuará, cuando sea sacerdote, edificando á los feligreses.

—Si sigues estas reglas, amado seminarista, ten por seguro de que te verás colmado de gracias y bendiciones celestiales. En estos momentos, todavía no te habla Dios al corazón, porque tú mismo le tienes cerrada, si así puede decirse, la boca con tu conducta para él ofensiva. Por eso te deja obrar como hombre en este asunto, todo divino, que traes entre manos, y he aquí porqué andas como á ciegas. Pero espera un poco, y haz cuanto se te acaba de decir, y pronto verás para tí cambiada la escena. Dios entonces desplegará sus labios, hablará á tu corazón, pues ya estarás preparado á oírle; y, qué te dirá? una de estas dos cosas: ó que continúes ó retrocedas. Si te llama al sacerdocio, te lo dirá bien claro, y te concederá á la vez las gracias convenientes para que seas un sacerdote santo; si no te llama, te manifestará su voluntad por conducto de los superiores, comunicándote también aquél valor que sea necesario para que á pesar de todas las dificultades que antes se te oponían, puedas salir honrosamente del seminario para entrar en el mundo, donde su providencia amorosa te tiene reservado un empleo. Quiera el cielo oigas su voz, y la sigas con docilidad. *Amén.*

## CAPÍTULO II.

De el Seminarista tibio  
é indolente.

## I.

Si sólo hubiéramos de estudiar la conducta del seminarista tibio é indolente por lo que aparece de fuera, apenas la distinguiríamos de la del seminarista malo. Este, ciertamente, ante los ojos de Dios es mucho más culpable que el otro; pero como pone tanto cuidado en ocultar á las miradas de sus superiores el negro fondo de su alma, persuadido de que si dejara ver por fuera lo que es por dentro, sería excluído de los órdenes sagrados, por eso puede decirse que, si paramos mientes tan sólo en lo que aparece al exterior, la diferencia de uno á otro, sería muy poco notable. Y sinó, que juzgue cada uno de mí aserto, contemplando el cuadro que voy á pintar del seminarista llamado tibio é indolente.

El rasgo más saliente que le distingue, y forma, digámoslo así, el fondo de su estado de tibieza, es esa facilidad con que comete *todo*

*pecado que no sea evidentemente mortal.* Tan perezoso es para el bien, y tanto le molesta hacerse violencia, que para decidirse á ello es menester que se le presente la idea del infierno con todos sus horrores. Solo cuando vé que vá á exponerse á las eternas llamas, es cuando se abstiene de cometer el pecado mortal; pero si sabe que no se expondrá á riesgo de eterna condenación, entonces comete todo género de faltas con la más glacial indiferencia, y sin escrúpulo alguno. He aquí su manera ordinaria de proceder en los diversos puntos de la vida espiritual.

Siguiendo el principio poco há expuesto, considera como cosa de nada la infracción constante y habitual del reglamento. Todos aquéllos artículos que no lancen sentencia de expulsión contra sus infractores, quebrántales con la mayor serenidad. No importa que ante sus ojos tenga compañeros que le den excelentes ejemplos de una regularidad perfecta, él no se preocupa de imitarles para nada; es más, hasta llega á producirle risa esa para él exagerada exactitud.

No traspasando sus *defectos* la línea del *vicio*, no le importa nada el corregirles; antes les fomenta en su alma, no ya por la indulgencia con que les trata, sinó también por el sinnúmero de faltas que le hacen cometer á cada instante.

Así, por ejemplo, en materia de caridad, sólo reconoce como *vicio* la maledicencia grave, la calumnia, la venganza y el odio, y de estos desarreglos procura abstenerse; pero ese aire altanero y desdeñoso, la frialdad y el rencor, ciertas bromas picantes, maliciosas críticas y la murmuración en materia leve, ó que á él le parece tal, son cosas para nuestro seminarista de ninguna importancia que comete sin que por eso pierda la calma y el buen humor.

En materia de *dulzura*, considera como *vicio* únicamente los arrebatos violentos é iracundos en que uno pierde la razón; sí, tales desórdenes procura evitarles con algún esmero; pero esos repentes de cólera á la menor contradicción, esas discusiones animadas y tercas, esas bruscas y secas contestaciones, que casi siempre hieren en lo vivo, esa aspereza de carácter y desabrimiento de genio, que á cada paso deja traslucir, son defectos de que no se preocupa, ni en corregir, ni quizás en confesar.

En materia de humildad, solamente tiene por *vicio* el orgullo que lleva al hombre hasta el desprecio formal de sus semejantes; y un tal desprecio el seminarista tibio trata de excusarlo; en cambio, los pensamientos de vana complacencia, los deseos de ser tenido y alabado, las palabras veladas y artificiosas para atraer sobre sí los elogios de sus compañeros, y las

mismas acciones, santas y buenas de suyo, pero que vicia y corrompe con la ponzoña de la vanidad, son para él cosas muy insignificantes, que por lo mismo se permite á cada momento sin ningún escrúpulo.

En materia de mortificación, son *vicios* para nuestro seminarista ciertos groseros refinamientos y destemplanzas de los sentidos, capaces de producir escándalo en nuestros prójimos; de tales desórdenes cuida ciertamente de apartarse; mas esos placeres dulces, esa aversión contra la penitencia y contra todo lo que moleste, ese dar siempre gusto al cuerpo, esa afición mal reprimida al juego, ese apetito desordenado de comer y beber, esa vida, en fin, muelle y regalada, que, según Bourdaloue causaría horror á los santos, el seminarista tibio lo juzga como una cosa natural, que no merece reproche alguno, al menos que éste sea fundado.

En materia de castidad, sólo juzga *vicio* impuro los pensamientos, palabras y obras que todos los teólogos darían por pecados mortales los cuales procura alejar de sí; pero ciertas representaciones peligrosas de la imaginación, ciertas palabras ligeras y equívocas, ciertas miradas más ó menos voluptuosas, la familiaridad con personas de diferente sexo, esos primeros gérmenes de afecciones desordenadas, algunas lecturas más que de mera curiosidad, y

otras cien mil cosas que se acercan mucho á la línea del pecado mortal, y quizá alguna vez la traspasen, he aquí lo que frecuentemente y sin remordimiento de su conciencia admite como cosa de poca importancia.

Todos unánimemente le consideran como uno de los menos edificantes de entre los que aspiran al sacerdocio, y á no obligarles la caridad á cerrar sus bocas, muchos dirían ingenuamente lo que sienten en el corazón, á saber: que si llevaran ellos una conducta semejante, jamás se atreverían á recibir los órdenes sagrados; sólo nuestro seminarista goza de tal tranquilidad de espíritu, que nada es capaz de conmoverle, y aun cuando vea que algunos de sus compañeros se retiran ante la imponente perspectiva del subdiaconado, no será él ciertamente el que dé un paso atrás.

De ordinario, no es el estudio su ocupación más querida, y qué placer no experimentaríamos si pudiera dispensarse de tan penoso trabajo! Por lo demás, estudia desidiosamente, sólo por cumplir con los hombres, y no por agradar á Dios.

Y qué diremos de sus ejercicios de piedad? Aquí principalmente es donde se descubre todo el fondo de su indiferencia hacia la virtud. Viviendo en una continua oposición á la voluntad divina, Dios también le hace resistencia y le niega sus gracias, las cuales reserva para otros más

dignos. Privado entonces de los auxilios del cielo, natural es que todo lo que sean *prácticas piadosas*, lo encuentre insípido y pesado, y que en vez de ejercitarse en obras de supererogación, solo cumpla penosamente, lleno de cansancio y tedio, las que son de estricta obligación.

La oración más breve le parece demasiado larga; su postura indolente y desidiosa en la capilla, aquellos ojos levantados, registrándolo todo, aquel bostezar con frecuencia indican muy á las claras que allí se halla en un estado de tortura y opresión; y cuánta verdad es esto por desgracia! De su espíritu no brota ni una aspiración siquiera, ni un suspiro, ni un propósito, al menos que este sea firme, sincero y sobre todo eficaz; de aquí que sus oraciones sean nulas, hechas por rutina, y que los frutos no puedan traducirse en obras de santificación.

Con los demás ejercicios espirituales sucede lo mismo; la tibieza que les informa, háceles infructuosos, y si fuera franco nuestro seminarista, habría de confesar que le son penosos y muy pesados, y que aún cuando se dispensara de ellos, no por eso sería peor.

Otro tanto podríamos decir de sus confesiones; estas le dejan tranquilo y sosegado, porque ahora no confiesa pecados graves de que tenía que acusarse en otro tiempo; pero, como no concibe arrepentimiento alguno de sus faltas leves, le

sucede caer en los mismos pecados en la primera ocasión que se presenta; resultando que después de haberse confesado una y mil veces, no se observa en su conducta el más leve indicio de la enmienda. Ese mismo sacramento de la penitencia que tanto contribuye á aumentar la piedad de sus compañeros fervorosos, le deja á él en su estado habitual de tibieza; estado que tanto hace sufrir á su confesor y que en cambio á él nada preocupa.

La comunión, cuyos frutos se hallan siempre en razón directa con los de la confesión, por ser esta preparación de aquella, tampoco puede desvanecer su flojedad. No tanto comulga por enriquecer su alma con esas gracias que comunica el Sacramento, cuanto por seguir la rutina y hacer lo que los demás. Ah! si Jesucristo le hablara interiormente al corazón, qué otras palabras le dirigiría sinó las de aquel terrible anatema que nunca quiere aplicarse á si mismo: *Utinam frigidus esses aut calidus! Sed quia tepidus es, et nec frigidus nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo?*

Los buenos ejemplos que tiene á la vista, los paternales avisos que le dan, las lecturas piadosas que le leen, las sabias instrucciones que le dirigen, todo se estrella contra su habitual indiferencia, y hasta la misma lectura de este capítulo que quizá está ahora escuchando ó leyendo,

y que á otro para quien no esté escrito, seguramente le hará temblar, á él le dejará tan tranquilo y sereno en medio de su apatía é indolencia.

Así es como pasa los días más preciosos en el seminario el colegial tibio é indolente; días de gracias y bendiciones que no volverán jamás, y que por muy santamente que les hubiera empleado, jamás sería lo bastante para prepararse dignamente á un ministerio tan sublime como el sacerdocio!

Pero lo que más debiera en este punto contristarlos y hacer llorar con lágrimas de sangre, es el considerar que á medida que progresa el tibio en la carrera eclesiástica, aumente también su tibieza. Cada orden sagrado que recibe, lejos de hacerle subir á un nuevo grado de virtud, del mismo modo que le eleva en dignidad, ah! produce en él un efecto contrario. ¡Que digan los directores de nuestros seminarios, con la luz de la experiencia en la mano, si algún colegial, siendo ya tibio y flojo en los primeros años de su estancia en el seminario, no se hizo mucho más flojo, y mucho más tibio en los siguientes! Verdaderamente esto es triste y desconsolador, no ya para el presente, sinó mucho más para el porvenir; y ¡doloroso contraste! en esta materia, aquel que más debiera temblar, es el único que se muestra tranquilo y sereno!

Los seminaristas de este temple no pueden

figurarse en qué apuros ponen á sus confesores en orden á la vocación. Los malos ciertamente no les dan tanto que pensar ni que sufrir. En efecto, cuando el confesor de un seminarista malo le vé incorregible é indigno del sacerdocio, se lo declara sin ambages ni rodeos, y le prohíbe terminantemente, bajo pena de negarle la absolución, que reciba los órdenes sagrados. La mayor dificultad que en esto encuentra, no es precisamente el poder formar un juicio más ó menos exacto sobre su vocación; es la de inducirle suave y eficazmente á que desista de continuar en el seminario y elija en el mundo una carrera ó profesión. Pero, qué es lo que pensará, que dirá ó qué hará el pobre confesor de aquel seminarista que á pesar de todas sus paternales amonestaciones, le ve siempre apático, flojo é indiferente para todo lo bueno, siempre enemigo del trabajo, siempre quebrantando la regla, sin grandes vicios, cierto es, pero también sin virtud alguna positiva y bien determinada, y sujeto á un sinnúmero de miserias que á todos menos á él contristan? Que hará también con esa masa indolente, informe é indefinible, que no presenta carácter propio, confusa mezcla de cualidades no bien conocidas y de defectos reales é indestructibles? Que hará con un hombre que fluctua constantemente entre dos extremos: entre la vida y la muerte, el calor y el frío, la luz y las tinie-

blas, la virtud y el vicio? Qué consejos podría darle, cuando ninguno admite? Qué seguridad podrá prometerle para el porvenir, cuando sabe por experiencia que los más virtuosos siempre ceden poco ó mucho de sus primitivos fervores? Como podrá asegurarle que es buena y legitima su vocación, teniendo tantas razones para dudar de ello, y pues se vería como aliviado de una carga abrumadora, si él tomara el buen acuerdo de salir del seminario y renunciar á un estado tan santo, del cual se muestra tan poco digno? No! infortunado joven, tú no puedes calcular en cuántos aprietos pones á tu celoso confesor.

Ahora bien, no tendré aún sobrada razón para decir que la conducta exterior del seminarista tibio se diferencia muy poco de la del seminarista malo? Dos son los rasgos principales, aunque internos, que distinguen al uno del otro; el seminarista malo nunca llega á concebir un vivo horror al pecado mortal, en el cual incurre con frecuencia en tiempo de vacaciones y aun hallándose en el seminario; lo cual no acontece por lo que mira al seminarista tibio: he aquí el primer rasgo. El seminarista malo comunmente no es llamado por Dios al sacerdocio, y pretende, no obstante, llegar á él como á viva fuerza; el tibio, por el contrario, suele tener vocación eclesiástica, si bien él mismo se vaya haciendo indigno por esa habitual tibieza que no se cuida

de combatir: he aquí el segundo rasgo. Ahora bien, aunque los caminos sean muy diversos, no es de temer que ambos lleguen á un mismo y desastroso fin?

Continuemos consultando la experiencia que ella nos dirá cual es el porvenir que le espera al seminarista tibio é indolente.

## II.

He dicho ya, y no me cansaré de repetir, que en materia de virtud, uno empeora con el tiempo más pronto que mejora. El hombre moral, por muy bueno y muy virtuoso que sea al principio, desde el momento que empieza á aflojar, mucho más retrocederá en el mal, de lo que progresó en el bien. Por uno que generosamente corra cada día de virtud en virtud, hay mil perezosos que retroceden, á quienes podrían aplicarse, palabra por palabra, todas las de este pasage de la Imitación de Cristo: "Si cada año desarraigásemos un vicio, presto seríamos perfectos. Mas ahora, al contrario, muchas veces lo experimentamos que hallamos que fuimos mejores y más puros en el principio de nuestra conversión que después de muchos años de profesos. Nuestro fervor y aprovechamiento cada día debe crecer; más ahora por mucho se estima perseverar en alguna parte del primer fervor." (*Libro I, cap. IX, n.º 5.*)



Si esto es así respecto de los que antes fueron fervorosos, qué podrá decirse de tí, joven querido, que ni siquiera conoces lo que es fervor? Si el seminario, éste vasto horno de la piedad cristiana, que es testigo de tu tibieza, no ha conseguido enfervorizarte; ¿cómo el mundo, abismo de todas las miserias, en cuyo seno dentro de poco te hallarás, podrá consolidar tu insegura virtud? No hay duda alguna; retrocederás; y hallándote ya, como te hallarías, en el borde del abismo, al primer paso que des, caerás sin remedio en sus profundidades!

Y no vayas á presumir que habrías de estar muy lejos de dar tan tremendo paso. Tu virtuoso compañero, si empezara á aflojar en el fervor; por largo tiempo, antes de caer, estaría luchando contra su propia flojedad; pues el amor que aun conservaría al retiro, al estudio y al reglamento, el hábito contraído de las virtudes, la aplicación á los ejercicios de piedad, la frecuente meditación de las verdades eternas, el horror que aún conservaría contra el más leve pecado voluntario, las gracias, en fin, del seminario ó de las órdenes, le sostendrán, conservarán y fortalecerán por algún tiempo, y todavía se trascurrirían muchos años hasta que se le agotasen las provisiones que en abundancia habría acumulado en el granero de su alma. Mas tú, amigo mío, que no conservarías ese

fondo de reserva, tú que te presentarás en medio de mil enemigos que ya te estarán aguardando, sin otra defensa que unas enmohecidas y no bien afiladas armas, cómo resistirás, cómo podrás vencer?

Si estando ahora en el seminario donde se te exhorta y anima, apenas gustas del estudio, cómo estudiarás en el mundo donde no hay superior que te impele y obligue? Si aquí estudias como á la fuerza y con no pequeña repugnancia, abrirás siquiera un libro, cuando te rodeen en el mundo mil distracciones que te robarán forzosamente la atención? No, amado joven, no estudiarás; tendrás sí libros en la estantería, pero estos no serán para ti sinó á manera de ricos tesoros escondidos bajo tierra; el ocio entonces se apoderará por completo de tí; y para acallar los gritos de tu conciencia, no cesarás de decirle que las múltiples ocupaciones del ministerio sacerdotal te impiden consagrarte á otras cosas que tú desarías.

Una vez que haya abierto la ociosidad este portillo, la tibieza no dejará de hacer cada día nuevos progresos, y entonces una multitud de pecados de todas clases se irán acumulando en tu alma, como lo tiene dicho el Espíritu Santo: *Multam militiam doruit otiositas.*

Poco tiempo durará en tu espíritu aquella saludable impresión que suelen causar las pri-

meras funciones sagradas de la vida sacerdotal, mayormente el tremendo sacrificio de la misa; pues, bien pronto te familiarizarás con las cosas más santas, convirtiéndose esta hija mayor de la tibieza, la familiaridad, en un pernicioso hábito; y entonces, ah! entonces ejecutarás los actos más sublimes del ministerio sagrado con grande indiferencia y no menor frialdad.

Como en los ejercicios piadosos no sentirás más que aburrimiento, les irás abandonando, uno tras otro, y por toda práctica piadosa, tan solo te quedarás con la santa misa y el oficio divino, y algún retazo de oración que también omitirás con el más leve pretexto.

Y siquiera hubieras de hacer bien lo poco con que te quedes! Pero no sucederá así; pues los ejercicios de piedad se sostienen y ayudan mutuamente; los menos importantes sirven como de preparación á los demás. Por eso los sacerdotes que solo se contentan con recitar el breviario y decir la misa, no desempeñan bien ni lo uno ni lo otro.

El celo por la salvación de las almas, el cual se alimenta y nutre de la piedad, crees tú que te consumirá con su fuego sagrado? Qué ilusión más triste sería la tuya, si tal creyeses! Por ventura, los apóstoles fervorosos fueron sacerdotes tibios? Ah! si la tibieza se hubiera apoderado por un momento siquiera de sus al-

mas, cómo se hubiera trocado al instante su ardiente caridad en la más glacial apatía! No ciertamente, tú no serás sacerdote celoso, para quien el cargo sacerdotal será un yugo insoponible, el cual seguramente llevarás, pero no tanto por agradar y servir al Señor, cuanto por excusar las censuras de los hombres; pero ni tales censuras podrás evitar, porque tarde ó temprano conocerán todos cuan negligente eres en el desempeño de tus sagrados deberes.

Te concedo gustoso que aún conservarás la vida del alma, evitando el pecado mortal; empero ¡cuánto habrá perdido de su fealdad ante tus ojos el tal pecado mortal! De aquí que insensiblemente irás cometiendo, sin horror alguno, ciertas faltas, leves sí, pero cada día mayores, hasta llegar á un estado de prevaricación tal, que ni el ojo más perspicaz de sabios teólogos pueda discernir si tu alma está ya viva ó muerta. Tú te creerás aún en estado de gracia, mas Dios te dirá en el secreto de su cólera: *Nomen habes quod vivas et mortuus es.* (Apoc )

Por lo demás, no tardarás mucho en conocer el verdadero estado de tu alma, porque al demonio, que no te pierde un momento de vista, le será muy fácil, valiéndose de tu propia flojedad y desaciertos, amortiguar tu espíritu.

Y así, arremeterá contra tu imaginación, contra tus sentidos, contra el corazón y, por

último, contra la voluntad, la cual no le será difícil pervertir; y cuando de esta suerte te haya preparado para el combate decisivo, crees tú que le costará mucho en ponerte en una de esas ocasiones peligrosas de donde no escaparían ni los mismos santos, si no es por un milagro? Y acaso podría merecer tu abandono la gracia de un tal prodigio? De ninguna manera. Mira que te lo digo con el corazón henchido de pena: tú caerás, joven querido, sí! caerás, y con esta caída habrás partido de dolor el corazón de tu buen Jesús.

Como aún no te hayas quizá maleado del todo, es muy posible que esta vergonzosa caída te despierte del letargo. Dichoso entonces mil veces, si, al abrir los ojos, te reconoces, y, para librarte de caer de nuevo, llegas á concebir una firme resolución de arrancar de tu alma esa mortífera tibieza, y te consagras de lleno á una vida más fervorosa y santa. Pero sucederá así? Ay! que quizá te lo haga creer tu necia presunción; pero bien pronto vendrá la experiencia á desmentirlo. Te levantarás, lanzarás al aire unos cuantos gemidos de dolor, llorarás antes de subir al altar tus yerros á los pies del confesor, pero *aquí parará todo*; porque curarás el mal actual sin aplicar el remedio en su raíz; por el momento cicatrizará la confesión la llaga abierta, mas continuará paralizando

toda tu alma esa habitual tibieza que la había ocasionado; y como las mismas causas producen siempre los mismos efectos, llegarás á caer de nuevo y esta nueva debilidad, acrecentada por el desaliento y quizá también por la desesperación, te pondrá en un estado sobre el que no se puede pensar sin horror. Entonces se cumplirá aquello que dice un piadoso y sabio escritor que ha tratado *teológicamente* esta materia: “Si un sacerdote, dice, *habiendo vivido santamente* (circunstancia que no hallamos en nuestro seminarista) cayera en un pecado mortal con todo conocimiento acerca de su enormidad, y volviera á caer de nuevo también deliberadamente, después de levantarse una y otra vez, *mucho es de temer ya* que pase el resto de su vida en una constante vicisitud de pecados mortales é infructuosas confesiones, hasta llegar al endurecimiento del corazón. (1)

Leyendo lo que precede, quizá tiembles; pero quizá también quieras tranquilizarte, pensando que no todos los sacerdotes tibios incurrir en pecados mortales, al menos que estos sean bien definidos y declarados. Sí! veo que te deleitas en creer que si bien muchos llegan hasta ese extremo, muchos otros son también los que no le tocan, contentándose sólo con perma-

---

(1) Dion, *Conducta de las almas en el camino de la salvación*, obra suplementaria de la *Conducta de los confesores*.

necer tibios toda su vida. En medio de tu flojedad, gustas de tener contigo este ó parecido lenguaje: A pocos esfuerzos que haga para aprovecharme de las gracias del seminario, ya tengo lo bastante para hacerme más ó menos fervoroso; pero, á mal andar, si me coloco entre los tibios, tendré al menos buen cuidado de no pasar más allá de los límites de la tibieza.

Contestando á esta burda objeción, que cualquier seminarista se avergonzaria de formular expresamente, citaremos el siguiente pasage de una obra titulada: *La Ciencia del Confesor*, pasage sobre el que llamamos de un modo especial la atención de nuestros jóvenes lectores: "Se necesita estar ciego para no ver que, generalmente hablando, la tibieza, tal como la describe M. Daon, es incompatible con el espíritu eclesiástico; y por lo tanto *no pueden hallarse en estado de gracia* los sacerdotes que en ella hayan caído. Qué es, pues, lo que se vé en la pintura de M. Daon? Ninguna observancia de todo aquello que pueda sostener la virtud, y nutrir la piedad; confesiones hechas de rutina, después de un exámen superficial; ningún escrúpulo de conciencia en todo lo que no sea pecado grave, ningún cuidado por corregir los defectos, ningún deseo de aspirar á la virtud; el breviario y la misa rezados maquinalmente, como si se tratara de cosa de poca importancia;

las demás funciones del ministerio desempeñadas de igual manera; además, una vida disipada y ociosa, hablar constantemente de los sucesos del día, pasear mucho, andar por todas partes de visiteo, un estar siempre metido en el mundo; es esta, por ventura, una conducta, son estas unas disposiciones dignas de un sacerdote? Supongo que en todo esto no haya habido un acto siquiera en que pueda decirse: *he aquí un pecado mortal*; pero qué relación puede tener esta manera de ser, con la vocación de un sacerdote, con el estado de un hombre consagrado de un modo particular al servicio de Dios, y obligado por tanto á llevar una vida más regular, más santa que un simple fiel, pues es, por su carácter sacerdotal, el medianero entre Dios y los hombres?„

Desgraciado de tí, joven amigo, si estas reflexiones, mejor diré, estas tremendas verdades no hicieran honda impresión en tu alma, y te dejaran todavía insensible y apático! Desgraciado de tí, si después de haberlas meditado, no te mueven poderosamente, á salir, mediante un generoso esfuerzo, de tu habitual indiferencia y dejadez! Pues es de suponer que el mal entonces sería muy grande, por no decir, incurable. Mira, pues, ahora cuales serían sus remedios.

## III.

—Lo primero que debes hacer, para poder salir del estado de tibieza, es conocer bien los peligros á que te expones. Y así, á más de meditar frecuentemente sobre las verdades que preceden, has de hacerte las siguientes reflexiones: Esta mi tibieza no puede menos de causar nauseas al Señor, según aquello de San Bernardo: *Deo vómitum provocat*; por otra parte me hallo lleno de miserias, y por tanto expuesto á caer en el infierno, según el mismo santo: *Res plena miseriis et inferno próxima*; también estoy expuesto á perder la vocación, esa vocación para mi confesor ya bastante dudosa; además no ceso de abusar de esas tan preciosas y abundantes gracias del seminario, las cuales seguramente no han de volver; y de contraer ese habitual abandono que paraliza toda mi alma, dejándola sin fuerzas ni vigor; soy piedra de escándalo para algunos de mis compañeros, quienes cada día se afianzan más, por mi mal ejemplo, en sus malas costumbres; adormécese mi alma la cual no siente ya gusto alguno por la oración ni por ninguna cosa del servicio de Dios; observo que cada día aumenta en mí la dificultad de variar de conducta, y hasta parece hallarme ya en una especie de imposibilidad moral de hacerme mejor; y ver-

dad debe de ser: puesto que aseguran los santos que antes se convertirían los pecadores más empedernidos, que un tibio vuelva á su primitivo estado de fervor; en fin, muy próximo debo hallarme ya á incurrir en esa terrible desgracia de ser un sacerdote malo, pues siempre se ha visto que todos los que actualmente son sacerdotes malos, fueron antes, como ahora lo soy yo, seminaristas tibios y descuidados.

Imposible es, amado joven, que en llegando á meditar sériamente estas verdades, no tomes en seguida la firme resolución de mudar de vida.

—Ahora bien, si sientes la necesidad de una tal reforma de vida, debes sin vacilar poner en seguida mano á la obra, á pesar de todas las dificultades de la empresa; puesto que todo obstáculo, desde el momento que lo exige una necesidad imperiosa, debe ser superado con valentía. Más te diré: has de tener en cuenta que cuanto mayor sea la repugnancia que sientas, tanto más necesaria y urgente se supone deba ser la enmienda; y sabes porqué? porque cuanto más se haya arraigado en tu alma el mal hábito, tanto mayores obstáculos te creará, para salir de tu mal estado. De aquí que no te quede otro recurso que *ó vencer ó morir*.

—Has de estar particularmente prevenido contra la peligrosa ilusión de los que dicen que el estado de tibieza no es precisamente estado

de condenación; que, aunque tibios, no por eso dejan de hallarse en gracia de Dios, y que, si bien no son unos grandes santos, tampoco puede decirse sean unos grandes pecadores. Para que puedas deshacer esta temible ilusión, que tantas víctimas ha causado en el mundo, necesario es que tengas siempre presente que la santidad es una condición indispensable en todo aquel que aspira al sacerdocio, y que un sacerdote, por muy santo que sea, jamás llegará á ser lo bastante para que pueda cumplir dignamente con sus funciones sacratísimas. Debes también recordar que, aunque el hábito de la tibieza no sea positivamente un estado de condenación, por lo menos conduce casi siempre á él: la pendiente de un abismo no es tampoco el abismo, pero irresistiblemente á él lleva, cuando está muy inclinada y uno se deja deslizar por ella.

—Una vez que hayas maduramente considerado en la presencia de Dios todas estas cosas, menester es que las reduzcas á la práctica. Sabes que la principal causa de tu tibieza es precisamente la falta de piedad y tu mucha indiferencia por los actos piadosos? pues debes aplicarte de un modo singular á hacer bien cada día todos los ejercicios espirituales, no obstante la mucha repugnancia que sientes. Nunca dejarás de ser tibio, mientras no los

practiques bien, y en cambio dejarás de serlo, desde el momento mismo que te ejercites en ellos del mejor modo posible.

—La oración te aburre, te parece demasiado larga y muy penosa: de aquí que no experimentes ningún afecto fervoroso, ni saques fruto alguno, concluyéndola siempre tan tibio como la empezaste; es que te ha puesto en tan lastimoso estado tu propia flojedad. Para salir de él, menester es que reanimes tu aletargado espíritu; que te dirijas al pié del altar y le digas al Señor con toda energía estas ó parecidas palabras: *Sana animam meam, Dómine*. Dile, sí, desde lo más hondo de tu espíritu: Señor, vuestro quiero ser de hoy en adelante: *Tuus sum ego*; sincera y ardientemente deseo arrancar de mi alma esta temible tibieza que me domina; ayudadme Vos, oh Dios de amor, á alcanzar tan importante victoria; otorgadme la gracia de que sepa orar como Vos queréis: *Dómine, doce me orare*. Renueva estas mismas súplicas al principio de todas tus oraciones; aleja de tu espíritu todos los pensamientos inútiles á medida que se vayan presentando; y si todavía ves que continúas tan miserable como antes, humíllate en la presencia de Dios, gime al menos sobre tus propias miserias, y estate tranquilo; que con esto solo has dado un golpe mortal á la tibieza.

—Haz lo mismo con respecto á los demás

ejercicios de piedad. Procura tener siempre un vivo deseo de hacerles de tu parte del mejor modo posible, y renueva este propósito, siempre que des comienzo á cualquiera de ellos. Esfuérzate en tener habitualmente preparado tu espíritu, y estate seguro que no habrá un solo ejercicio espiritual del que no saques para tu alma abundantísimo fruto.

—No te contentes solo con las prácticas ordinarias; imita en esto á tus piadosos compañeros que suelen imponerse algunas otras de mera supererogación, para dar así más pábulo á su espíritu. Imponte, pues, tú también alguna que puedas practicar sin perjuicio del reglamento; sobre todo, acércate con frecuencia al pie del tabernáculo; allí es donde se alimenta la piedad y la tibieza desaparece.

—Cuida de que mediante una intención pura se conviertan en obras santas las acciones más triviales. En vez de hacerlas maquinalmente ó por motivos puramente humanos, ofréceselas á Dios; y desde el principio hasta el fin hazlas sólo por agradarle. De ésta suerte equivaldrán á una oración continuada, y no vendrá la tibieza á robarte el mérito. El estudio, las recreaciones, el comer y beber, y hasta el mismo dormir, todo puede quedar santificado, mediante esta pureza de intención.

—No continúes, como hasta aquí, confesán-

dote por rutina; lo cual ni gracias ni consuelo alguno puede proporcionarte. Trata, empero, los sacramentos con aquel respeto que se merecen. Vete á tu confesor y dale un día de gozo, diciéndole: Padre mío, Dios acaba de iluminarme inspirándome serias reflexiones; vos, á causa de mi tibieza, habéis estado triste y desconsolado, cual no he estado yo; ayudadme, pues, á arrancarla de mi corazón; reconozco los graves peligros que me rodean, y cuanto antes de ellos quiero escapar. Señaladme las heridas de mi alma, y procurádmelas cerrar con paternal cuidado. Háblale así, y estate seguro que te curará, si encuentra en tí un poquito siquiera de buena voluntad.

—Disponte luego á ejecutar todo lo que tu director te ordene; ábrele enteramente el corazón; demuéstrole los pliegues y repliegues de tu alma; recuérdale todas tus infidelidades pasadas y suplicale que te trace las reglas de conducta que has de seguir en adelante.

—Traba amistad íntima con los seminaristas que más se distinguen por su piedad y buen espíritu. Este es un punto más importante de lo que algunos pudieran imaginarse. Con frecuencia obsérvase en los seminarios que los mismos colegas, tanto en las recreaciones como en los paseos, se dividen por sí en grupos bien clasificados y definidos: los fervorosos júntanse con los fer-

vorosos, los tibios únense á los tibios, y si hay seminaristas malos, también estos únense entre si. Ahora bien; estas amistades homogéneas contribuyen poderosamente á sostener en cada bando sus respectivas cualidades y costumbres. Los fervorosos excítanse mutuamente á la virtud, los otros afiánzanse más en sus imperfecciones, y malos hábitos. Tú seguramente no cambiarás de conducta, mientras gustes de frecuentar el trato de seminaristas imperfectos; por el contrario, entrarás en una nueva vida de fervor, desde el momento que te acerques á los más edificantes con el deseo de aprovecharte de sus ejemplos.

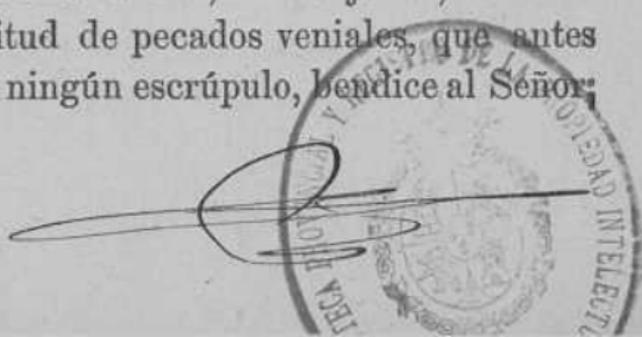
-- De vez en cuando vete á visitar á alguno de tus dignos superiores. En todos los seminarios suele haber algunos que descuellan sobre los demás por su eminente virtud y con quienes apenas puede tratarse sin que al momento se sientan los efectos saludables de su santidad; pues las palabras y consejos que dirigen, dichos como los santos les dicen, no pueden menos de derretir el corazón más frío.

—Aplicate con afán al estudio, pues toda tu vida será éste para tu alma un asilo de los más seguros. Estudiando, contraerás el hábito de una vida grave, seria, modesta y recogida, la cual es como el sello del espíritu eclesiástico, y la tumba donde quedará sepultada la tibieza.

—Sea esta la norma de tu conducta: **NUNCA COMETER DELIBERADAMENTE UN SOLO PECADO VENIAL.** He aquí la señal infalible por donde conozcas si has emprendido sinceramente el camino de la enmienda. Reflexiona atentamente sobre estas graves y discretas palabras del P. Llemant, en su *Doctrina espiritual*: “La ruina de las almas es causada por esa muchedumbre de pecados veniales, que hace que se disminuyan las luces y las inspiraciones, las gracias y consolaciones interiores, el fervor y el aliento para resistir los ataques del enemigo. De esto se sigue la ceguedad, la apatía, las caídas frecuentes, los malos hábitos, la insensibilidad; porque una vez adquirida la afición al pecado, se peca en adelante sin remordimiento de la conciencia.”

“Cualquiera que (nótalo bien) no tenga cuidado de evitar los pecados veniales, aunque alcance los más brillantes éxitos en el ministerio de la salvación de las almas, no por eso deja de hallarse en grave peligro de perderse él mismo. Pues que imposible es que viviendo de esta suerte no caiga á veces, hasta sin conocerlo, en el pecado mortal. Y no deja por eso de ser menos culpable, pues que su ignorancia es como afectada.”

Si te abstienes ahora, amado joven, de cometer esa multitud de pecados veniales, que antes cometías sin ningún escrúpulo, bendice al Señor;



porque está del todo ó casi del todo dominada ya tu tibieza.

—Si no obstante incurrieses en algunas faltas, no por eso desmayes, pues que no se oponen á la perfección ciertas flaquezas, cuando siéntese incurrir en ellas y se tiene cuidado de prevenir las recaídas.

—Mira con mucho respeto en todos sus puntos el reglamento del seminario. Es este uno de los caracteres que más distinguen al buen seminarista. Cosa es de lamentar ver cuán fácilmente infringen el reglamento ciertos colegiales. Creeme, amigo mío, á estos tales, mientras habitualmente filten á la regla, jamás podrá considerárseles como de los más fervorosos.

—En fin, has de tener sobre tí, durante las vacaciones, una exquisita vigilancia: entretenimientos moderados y siempre dignos; huir de gente disipada; prolongadas visitas al Santísimo; reglamento de conducta escrupulosamente observado; trato frecuente con sacerdotes celosos; un aire en todo y en todas partes siempre modesto; he aquí lo que has de procurar: *Et qui has regulas secuti fuerint, pax super illos et misericordia.*

## CAPÍTULO III.

---

### De el Seminarista bueno

---

#### I.

¡Bendito sea Dios! que ya podemos respirar en una atmósfera más pura. Noche tenebrosa ha sido para nosotros el seminarista *malo* y una espesa niebla el *tibio*. En cambio, el seminarista *bueno* nos será ahora como un cielo hermoso, si bien empañado de ligeras nubes; mas la bóveda azulada en todo su esplendor, el *fervoroso*.

Hablemos, pues, del buen seminarista, y comencemos saludándole en el desahogo del cariño y de la amistad diciendo que él es la alegría de los superiores y la grata esperanza de la Iglesia. Crece, joven y piadoso levita, crece á la sombra del santuario, que bien pronto sobre tí vendrán á raudales las gracias del sacerdocio y penetrarán en tu alma disponiéndola para esas inefables maravillas que en tí tendrán lugar. Si la empañan aun ligeras manchas, en cambio veo que deseas ardentemente que te las señale, ansioso de limpiarlas.

El seminarista bueno viene al seminario únicamente porque se halla convencido de que Dios le llama al sacerdocio. Para adquirir un tal convencimiento, procuró mucho antes purificar su corazón y contraer hábitos de virtud.

Oró mucho, comulgó frecuentemente, impúsose para todos los días cierto número de prácticas piadosas, y como por su mucha humildad confiaba poco en las propias oraciones, buscó las de las almas más fervorosas, quienes en este asunto le ayudaron eficazmente.

Púsose con respecto á la vocación en un estado de total indiferencia, no tomando por sí en materia tan delicada ninguna resolución, sino siguiendo en todo las inspiraciones del cielo, y los consejos del confesor.

A este consultó repetidas veces y nada le ocultó de cuanto pudiera ayudarle á emitir un juicio razonado; confesión general, revelación sincera de todo el corazón, de sus gustos, inclinaciones y sentimientos más íntimos; nada, pues, omitió para que su confesor pudiera conocerle.

Todos vieron su conducta en el pueblo quedando muy edificados de ella. Sin saber sus inclinaciones al sacerdocio, ya adivinaban su vocación; así que á ninguno extrañó la noticia de que iba á estudiar al seminario, antes fué recibida con general aplauso.

Con tales predisposiciones penetró por últi-

mo en la santa morada donde se recluta la gente para la milicia sacerdotal. Lleno de respeto hacia este piadoso asilo, se acercó temblando, cual otro Moisés al monte Horeb.

Muy conocido de algunos colegiales y quizá de los superiores, fué su presencia en el seminario objeto de edificación para los buenos, y también ocasión de secretos remordimientos para los malos. Veamos ahora cómo se conduce en esta sagrada mansión.

El seminarista bueno tiene puestas sus delicias en el seminario y en él se halla como en su centro; alejado ya del mundo, del cual se separó lleno de gozo, dilata ahora á su placer los senos del alma, la cual llena el Señor de sus gracias y bendiciones.

El olor de virtud que allí respira, los ejemplos de virtud que observa, los saludables consejos que oye, la calma de la soledad que le permite entregarse de lleno al grande asunto de su vocación; todo contribuye á nutrir su piedad.

El reglamento, lejos de servirle de una pesada carga, para él es como una suave cadena que le une más estrechamente con su Dios; expresión visible de la voluntad del cielo, aunque no existiese regla alguna, voluntariamente se la impondría á sí mismo. El estudio le es ocupación muy grata; no sólo porque desea cumplir con su deber, sinó porque sabe además que un semina-

rista que no se esfuerce por adquirir la ciencia, á la par que la virtud, haríase indigno de llevar tal nombre.

Le preocupa ahora más que nunca el asunto de la vocación; no queriendo conservar la más leve sombra de duda en negocio de tanta importancia, no cesa de dirigir sobre la materia repetidas preguntas al confesor del seminario, como ya se las hiciera antes al que tenía en el siglo: las mismas declaraciones, la misma sinceridad, los mismos minuciosos detalles; y... la misma respuesta de parte de su director.

Si piensa en la proximidad de los sagrados órdenes, sobrecógese de espanto, y aun á los de los primeros grados tiene en suma estima, preparándose á recibirles con un aumento creciente de observancia y fervor.

En una palabra, procura cumplir exactamente todos los deberes de su profesión, y tanto es del agrado de los superiores su conducta que cuando en sus conferencias íntimas tratan estos de los demás colegiales, al llegar á este no pueden menos de exclamar, llenos de satisfacción: "es un excelente joven."

Y yo también, amado mío, yo también te diré, lleno de gozo, que eres un buen seminarista; pero no basta que seas bueno; menester es que subas más arriba, para que puedas corresponder cumplidamente al llamamiento del divino Salva-

dor que ha dicho á todos los hombres, pero con especialidad á todos los seminaristas: "*Estote ergo vos perfecti, sicut et pater vester perfectus est.*"

Tú tienes algunas cualidades y cualidades en verdad preciosas; pero en cambio adoleces también de ciertos defectos que las deslustran, y será de suma importancia, que te les señale, para que les conozcas y vayas corrigiendo.

El seminarista *bueno* confía fácilmente en la pureza y rectitud de sus intenciones, en el horror que conserva contra el pecado mortal y aun contra el venial algo notable, en la regular observancia al menos de aquellas cosas que sean esenciales, y en ese conjunto de buenas cualidades de que está adornado. No teme como cosa fácil que haya de aflojar, al menos notablemente, en la virtud, y sin tenerse precisamente por un santo, se contenta con pedir al cielo que le conserve al menos tal como es.

Sin embargo, si quisiera mirarse de cerca y sobre todo ver la vida sacerdotal llena de peligros, sentiría sin duda alguna la necesidad de arrancar de su alma ciertos perniciosos gérmenes que esta encierra.

El orgullo, por ejemplo, ese orgullo que nunca muere sinó con el hombre, ocupa muchas veces en su alma el puesto de la humildad, y sin embargo él no se cuida demasiado de librarse

de su pernicioso influjo. Qué de pensamientos, palabras y obras no ejecuta á veces, movido de este malicioso principio!

Tiene en mucha estima, generalmente hablando, el reglamento del seminario, y le observa habitualmente con regularidad; pero la timidez, la debilidad, la inmortificación y el respeto humano le hacen caer de vez en cuando en algunas transgresiones que le pesan en el acto, cierto es, pero que vuelve á cometer cuando de nuevo se le presentan las mismas peligrosas ocasiones.

Le estarea grata el estudio, como se ha dicho antes, y esfuérase por dar gusto á sus profesores, tanto que nadie tiene en este punto porqué reprehenderle. En cambio, le reprende Dios que le espía en la soledad de su celda, y vé que aún pudiera estudiar más, que cede á veces al impulso de antigua pereza, y que de vez en cuando gasta el tiempo en composiciones inútiles ó en frívolas lecturas.

Piadoso es ciertamente, y él mismo presume que siempre lo será; pero se detiene algunas veces en el camino de la virtud, y otras también retrocede un poco; resiste perezosamente las distracciones, y no escucha el llamamiento de Dios que le invita á mayor perfección, ni la voz dulcísima de su amable Jesús que le dice: *Amice, ascende superius.*

Es amable, no hay que dudarlo, y con su dulce y apacible trato se gana el aprecio de todos sus compañeros; mas alguna vez alteran la mansedumbre de su corazón ciertos movimientos repentinos de ira, teniendo, después de una acalorada discusión, que arrepentirse y pedir á Dios perdón.

Cumple en general con el precepto de amar al prójimo y no permite que de él se murmure gravemente; pero ciertas faltas de atención, ciertos dichos picantes, ciertos enojos, aunque pasajeros, y ciertas sombrías susceptibilidades suelen cubrir con frecuencia de ligeras nubes el horizonte de su caridad.

En general, se somete y resigna con la voluntad de Dios en todas sus aflicciones; pero cuando es puesta á larga prueba su paciencia, entonces se abate y desalienta; como se apoya en sí mismo y no en Dios, pierde el mérito del sufrimiento, fáltale el valor, la tristeza apodérase de su espíritu, costándole después no poco recuperar su perdida fortaleza de ánimo.

En cuanto á la virtud de la mortificación, no se preocupa mucho; no ignora que es la salvaguardia de las demás virtudes y el nervio de la piedad, y sin embargo no se mortifica á no ser que la misma mortificación se acomode más ó menos á sus propios gustos, de suerte que si fijara su atención en sí mismo, vería que solo

es mortificado, cuando no le cuesta trabajo mortificarse.

Caúsanle horror los excesos de la intemperancia, hay que confesarlo; pero ciertos placeres moderados de los sentidos, ligeras críticas sobre el régimen alimenticio del seminario, algunas sonrisas de agrado, cuando oye murmurar á sus compañeros con mayor malignidad sobre el mismo asunto, falta total de pureza de intención en el comer y beber, ese paladear con gusto los manjares más sabrosos, y algunos otros defectos que á pesar de los remordimientos de su conciencia suele cometer, he aquí que todo está anunciando que en su corazón ocúltase un germen malicioso.

La vida de disipación llevada hasta el exceso, repugnaría á su piedad y modestia; en cambio casi nunca guarda aquel recogimiento que Dios exige de él, de suerte que cuando se desparrama su espíritu demasiado, al momento lo conoce por la frialdad que experimenta en la oración y por las múltiples y tenaces distracciones que le combaten.

Procura tener á raya sus sentidos, y horror le causa todo aquello que pudiera empañar la santa pureza; pero con cierta libertad, por no andar con mayor precaución, suele dirigir acá y allá algunas miradas que en su caso jamás se permitirían un Luis Gonzaga, ni un Estanislao de Kostka.

Su carácter, si no es precisamente malo, necesita en cambio mucha reforma. Cuando no es terco, es demasiado condescendiente; cuando no es decididor y vivaracho, es taciturno y melancólico; cuando no es atrevido y temerario es encogido y cobarde; en fin, no sabe aplicar ese justo medio en que consiste precisamente la virtud.

Generalmente, hablando, por Dios obra y á Dios intenta agradar en todas sus cosas; pero viene la rutina y se pone por medio, y entonces empieza, continúa y concluye muchas obras maquinalmente y sin rumbo fijo, resultando de aquí que casi siempre pierda el fruto que hubiera podido sacar de haber purificado mejor su intención, y de haberse unido más con su divino Maestro.

Sus confesiones son buenas y legítimas, no hay que dudarle; pero si le conservan en la virtud, en cambio no le hacen progresar; lo cual prueba que algo las falta para que sean todo lo que deben ser.

Gusta de comulgar con frecuencia y por ello agrada á su buen Jesús; pero esa frialdad que siente en la acción de gracias, indica que el divino huesped no debe estar totalmente satisfecho de sus disposiciones para recibirle.

Pasa, en fin, las vacaciones de verano sin cometer graves desórdenes; en cambio, no siem-

pre observa fielmente el reglamento que se propuso seguir; abrevia sin motivo justificado la meditación; suprime con frecuencia, ya las visitas al Santísimo Sacramento, ya la lectura espiritual, ó bien el exámen de conciencia; apenas se ocupa en algo de provecho; algunas visitas frívolas é inútiles le absorben cierto tiempo que necesitaria para el estudio y la piedad; resultado: que cuando regresa al seminario trae muchas heridas que curar y algunos vacíos que llenar.

Ya lo ves, querido joven; bastante camino te queda todavía que recorrer hasta llegar á donde Dios te llama: *Grandis tibi restat via*. Si cierto es que eres *bueno*, en cambio no eres *perfecto*; y sin embargo hasta la perfección has de llegar, si es que tus deseos de ser digno ministro de Jesucristo son sinceros.

Para que mejor te animes á conseguir dicha perfección, reflexiona ahora á donde pueden conducirte esos defectos que acabo de señalarte.

## II.

Hallándose el seminarista bueno adornado de algunas buenas cualidades, el orgullo no cesa de presentárselas ante sus ojos y de realzarle su propio mérito: lo que contribuye á que deslumbrado por su resplandor no vea ni tema los defectos de que por otra parte adolece.

Respecto de los otros seminaristas, ni el malo, ni el tibio podrán estar libres de algunos sobresaltos y remordimientos; y los fervorosos estremécense de espanto ante la imponente majestad del sacerdocio y ante las tremendas obligaciones que impone; el seminarista que llamamos *bueno* es aquí el único que no tiembla ni pasa pena alguna; y se explica: pues no es demasiado malo para que tenga tales aprensiones, ni tampoco tan virtuoso que mire con ese saludable temor los sagrados órdenes.

Siendo esto así, he aquí, amado seminarista, lo que puede sobrevenirte.

Empezarás cumpliendo de un modo muy digno y conveniente con todas las funciones del cargo que te haya sido confiado; tus intenciones serán puras; permanecerás por algún tiempo bajo la dulce impresión que hayan producido en tí los primeros actos del sacerdocio, y todo lo querrás hacer con el exclusivo fin de que tu sagrado ministerio sea digno y fecundo en obras. Así, pues, será verdaderamente.

Y para que lo sea más de veras, procurarás poner en orden todas tus cosas, arreglando para tu uso particular un reglamento que abarque todas las acciones del día, el cual observarás al principio con puntual exactitud.

Será tan observante tu conducta que nadie tendrá que decir de ella, ni tus compañeros en

el sacerdocio, ni los feligreses; antes estos se congratularán de tenerte á su lado, y se dirán llenos de gozo: Bendito sea el Señor, que nos ha mandado un tan buen pastor.

He dicho y lo sostengo que comenzarás bien el ministerio sacerdotal; pero continuarás del mismo modo? ó te cansarás pronto, como ha sucedido á otros que, pasados los primeros fervores, cayeron en la indolencia, y quizá ¡ay! en un estado más lastimoso? No seré yo quien me atreva á asegurártelo, pero al menos te diré que esto puede ocurrirte y que con frecuencia ocurre. He aquí como suele llegarse insensiblemente á ese lastimoso estado.

El mal comienza, estate seguro, por el descuido en los ejercicios de piedad. En tanto que un sacerdote no sea negligente en este punto, imposible es que aflaje en la virtud. Mas desde el momento que ó por indiferencia ó por dejadez abandona ó haga á medias alguna práctica piadosa, el germen de la tibieza empezará á dar sus perniciosos frutos.

Sé que en los primeros días no te dejarás dominar de esa indiferencia y dejadez; porque de tal manera habrán impresionado tu espíritu el tremendo sacrificio del altar, y el sagrado tribunal de la penitencia que, lejos de cercenar, aumentarás, si necesario fuera, tus obras de piedad. Pero bien pronto ese sagrado altar á

donde todos los días subes, dejará de producir en tu ánimo tan saludable emoción; el confesionario también, donde antes quizá te sentabas dos veces al día, te parecerá ahora un lugar sin atractivo; y los demás actos del ministerio, siendo como son por naturaleza menos imponentes, les mirarás como cosa muy secundaria.

Continuarás haciendo con regularidad la meditación; pero de vez en cuando acortarás el tiempo que tengas designado para ella, sin que por eso sientas remordimiento alguno; el más leve pretexto para dejarla algún día, será para tí como una razón poderosísima, y esta será la primera de tus infidelidades, de donde procederán las demás.

No sintiendo hacia el santo Sacrificio de la Misa aquel respeto y veneración de antes, descuidarás mucho la preparación y hacimiento de gracias: segunda infidelidad.

El exámen particular que antes con tanta exactitud hacías al mediodía y por la noche, te parecerá luego un ejercicio muy árido y enojoso y sólo le harás cuando un fervor impetuoso, pero momentaneo, te haga conocer su mucha importancia: tercera infidelidad.

Diariamente tendrás por algún tiempo lectura espiritual; pero llegará á ser después más breve, más superficial, menos piadosa y menos práctica, hasta que por último la omitas la ma-

yor parte de los días, sin razón justificada: nueva infidelidad.

Las visitas al Santísimo Sacramento, donde antes ponías todas tus delicias, ya no tendrán para tí aquel atractivo, ni encenderán en tu corazón aquél fuego sagrado en que te abrasabas, al acercarte al divino Tabernáculo; y si aún continuases visitando al Señor, cada vez sentirás más sequedad de espíritu y sacarás menos fruto: nueva infidelidad.

El santo rosario con que tan tiernamente obsequiabas antes á María y que rezabas no sin experimentar los saludables efectos de la protección de esta divina Madre, ahora te parecerá una práctica árida, monótona y nada halagüeña, la cual quizá alguna que otra vez omitas sin gran remordimiento: nueva infidelidad.

Hasta el mismo oficio divino se resentirá también de esta tu negligencia en los demás ejercicios piadosos; por que la pronunciación será más rápida, la atención menos sostenida, la devoción menos ardiente, y, quizá, sin motivo justificante, dejarás para la tarde la parte del breviario que debiste rezar por la mañana: nueva infidelidad.

Las confesiones que antes cada ocho días hacías escrupulosamente, las dilatarás ahora hasta los quince, siendo seguro que no por diferirlas saques mayores frutos espirituales: nueva infidelidad.

Esas ocupaciones, obras de celo y funciones sacerdotales que no ha mucho por tu habitual estado de fervor eran para tí tan meritorias como agradables á los ojos de Dios, comenzarás luego á practicarlas rutinariamente y sin rumbo determinado: nueva infidelidad.

De todo esto, como fácilmente puede deducirse, resultará, no precisamente una vida de perversión, pero si una vida que en adelante no podremos llamar fervorosa. Habrase, pues, marchitado la delicada flor de la devoción; y ya puedes estar seguro, que, aunque no vayas más lejos, tampoco llevarás á cabo esas obras admirables, ni tus trabajos producirán esos abundantes frutos por los que conocemos al sacerdote santo. Añade á esto que si no te das prisa por recuperar pronto tu primitiva regularidad, caiste entonces en un estado habitual de inobservancia de donde quizá no salgas jamás. Concluyamos, pues, nuestro cuadro.

A medida que decaiga la piedad, se arraigarán los defectos; es lo que no puede menos de acontecer. Antes, el espíritu de piedad te tenía despierto; así es que cuando un defecto cualquiera iba á tomar asiento en tu alma, al momento notabas su presencia, y le sofocabas en embrión. Mas, resfriándose el fervor, la disipación ocupará su lugar; las tinieblas rodearán tu espíritu y entonces el hombre enemigo vendrá y



con la ayuda de la noche sembrará la zizaña entre el buen grano: *dum dormirent homines, venit inimicus.... et superseminavit zizania*. Cometerás semideliberadamente algunos pecados, y no habiendo ya devoción bastante para resistir el mal, este continuará haciendo progresos á medida que tu seas más condescendiente con él. Este mismo mal al principio no será considerable, pero sí bastante para que te prive de un sinnúmero de gracias, y para hacer que tus defectos se arraiguen cada día más en el alma.

Añádase á esto que ya no puedes contar para sostenerte en la virtud, con aquellos saludables y eficaces medios del seminario. Todo te faltará: el reglamento, el retiro, las exhortaciones paternales y los buenos ejemplos. Tu párroco no se atreverá á dirigirte un aviso cariñoso, los amigos te adularán, los feligreses se contentarán con censurarte en secreto, y tú, no viendo ó aparentando no ver nada, te mostrarás complaciente con todo el mundo, y así vivirás en el engaño.

Entonces saldrán á la superficie aquellas pequeñas miserias á que, siendo seminarista, no dabas importancia alguna y sobre las que te llamé fuertemente la atención.

El orgullo, por ejemplo, se insinuará astutamente en tu espíritu; te recrearás en pensamientos de vana complacencia; te dejarás aluci-

nar por el falso resplandor de algunas brillantes obras de celo; tú mismo te tendrás por un predicador consumado, por un confesor muy entendido y conocedor de espíritus, en fin, por un sacerdote perfecto; pensarás que eres digno de otros puestos más elevados, y cuando vaque alguno, creerás que debes ocuparle con preferencia á otros; desplegarás los labios en propia alabanza, y las obras más santas de celo quedarán emponzoñadas por el veneno de la vanidad. ¡Cuántos *buenos* seminaristas, siguiendo paso á paso el camino que hemos indicado, llegaron á ser, oh desgracia! sacerdotes orgullosos!

La ociosidad que en el seminario solamente te robaba algunos breves instantes, ahora, siendo sacerdote, te hará perder algunas horas al día, ó quizá días enteros. Cierto que no descuidarás lo más esencial del ministerio eclesiástico, pero en cambio abandonarás por completo el repaso de aquellas materias, que en conciencia no puedes olvidar, empleando un tiempo tan precioso en visitas ó en excursiones que considerarás como de legítimo descanso. Cuántos seminaristas *buenos* han llegado por aquí á sacerdotes perezosos!

No tendrás en más estima la virtud de la caridad que la del trabajo. Siendo seminarista, raras eran las ocasiones que se te presentaban de faltar á ella; algunas chanzas burlonas con tus compañeros eran las únicas faltas que en-

tonces cometías. Mas en el mundo, muy frecuentes serán las ocasiones que tengas de oír murmurar y en las que quizá tomes parte. Oirás sobre todo que otros hablan mal de tí, y difícilmente les perdonarás á estos tales sus atrevimientos; pues se apoderarán de tu alma prolongados enojos que solo se desvanecerán después de largo tiempo. Cuántos seminaristas que eran *buenos*, han llegado á ser sacerdotes sin caridad hacia el prójimo! cuántos sacerdotes, á quienes se les tenía por buenos sacerdotes, han herido de muerte esta reina de las virtudes!

Modales ásperos, impacencias, repentines de ira, encolerizamientos, de vez en cuando se notarán en tí. Estando en el seminario, apenas si algo de esto alteraba tu mansedumbre, si bien se dejara ya entrever el germen malicioso. mas en el curso de tu santo ministerio, en tus relaciones con los penitentes en el tribunal de la penitencia, con los niños en la catequesis, con los feligreses en la parroquia, con el párroco ó coadjutores, con tus domésticos, dependientes y demás, cuántas faltas podrás cometer donde la virtud de la dulzura quedará mal parada! Cuántos en otro tiempo seminaristas *buenos* son ahora sacerdotes violentos, iracundos y coléricos!

Podrá ser además la mortificación tu virtud predilecta, siendo así que, viviendo en el seminario, sólo la practicabas cuando era poco más

ó menos de tu agrado? Digámoslo paladinamente: solo los sacerdotes santos, son tambien mortificados; y tu no serás sacerdote mortificado al menos en el modo que conviene serlo, si sólo hubieras de ser un sacerdote de una virtud vulgar. Nada facilita tanto el ejercicio de la mortificación como la práctica continua y bien reglamentada de los ejercicios espirituales; pues sólo practicándoles con exactitud y fervor, podemos estar unidos á Dios, y hallándonos unidos con Dios, él mismo nos lleva directa é irresistiblemente hacia la mortificación; pues inspira el deseo y llena el alma de tan inefables dulzuras, cuales los mundanos jamás podrán saborear en medio de sus placeres; pero desde que uno afloja en los ejercicios de piedad, se amortigua el gusto por la mortificación y los sentidos empiezan á adquirir predominio. Tú, pues, desde el momento que dejes de ser observante, dejarás también de ser mortificado. Cuántos seminaristas *buenos* se han hecho de esta manera sacerdotes amigos de la comodidad y del regalo!

La disipación aparecerá tan pronto como decaiga tu espíritu. En el seminario apenas sabías tu mismo si fueras disipado; porque el hallarte lejos del mundo, la soledad del retiro, el método de vida, el estudio y los deberes de piedad te impedían buscar fuera ocupaciones frívolas. Este feliz estado de cosas continuara

en el mundo, si aquí también siguieras siendo fiel en las prácticas piadosas; pero desde que aflojes en la piedad ú omitas voluntariamente algunos ejercicios espirituales, ya para tí no tendrá atractivo alguno el recogimiento, ni la soledad; intentarás buscar lo que no encuentras dentro del corazón, y á ese gozo positivo y sólido de las almas recogidas se seguirá la loca y vana alegría de espíritus disipados y frívolos; pues te aburrirás de la soledad de tu casa ó de la del templo, porque el juego, las reuniones y tertulias, el andar de aquí para allá, te habrán robado el gusto por el retiro, la piedad y el estudio; resultando de todo esto que te harás un sacerdote desparramado y ligero, es decir, apto para caer en un sinnúmero de extravíos.

Tras de la disipación vendrá naturalmente el andar libres los sentidos. Cuando Dios te bastaba, dentro de tí hallabas un fondo inagotable de consolaciones, y claramente entendías aquellas palabras de Cristo, Señor nuestro: *Regnum Dei intra nos est*, y los sentidos que no podían menos de experimentar la paz de este reino celestial, habitualmente estaban sumisos y obediente á la ley. Pero desde que te hicieras negligente en la piedad, estos sentidos se sublevarán contra tí; y entonces todo lo querrás ver, todo oír, exponiéndote de esta suerte á una infinidad de peligros.

Llegado á este extremo, buscarás la amistad de aquellos sacerdotes que más se asemejen á tí; porque, en dejando tú de ser fervoroso, no gustarás en manera alguna del trato con los sacerdotes fervorosos: es lo más obvio y natural. El sacerdote disipado casi nunca se asocia con el sacerdote recogido, á no ser que se encuentren casualmente, ó porque atenciones del ministerio exigen hallarse juntos; por lo demás, no se les vé habitualmente unidos; pues los gustos, inclinaciones y carácter de uno y otro tan opuestos son entre sí, que en vez de ligarse con una estrecha amistad, cada día se hallan más distanciados. Por tanto, tus amigos predilectos serán los sacerdotes formados á tu imagen y semejanza, los cuales tanto te afianzarán en la flojedad de espíritu cuanto tu á ellos. Créeme, amado joven, que de este y no de otro modo es como el seminarista bueno se convierte en sacerdote tibio, disipado y mundano.

Llegando á este desquiciamiento de espíritu, saldrán á relucir todos los defectos de carácter. No habiéndoles tratado de reprimir ni por una asidua vigilancia, ni por el exámen diario, ni aprovechando los remordimientos de conciencia, ni las inspiraciones de una tierna piedad, adquirirán aquellos cada día mayor pujanza; y sus acometidas, más ó menos frecuentes é impetuosas, te harán caer en una multitud de pecados; lo cual

contribuirá á que tu ministerio quede estéril é infructuoso.

Así las cosas, acaso serías aún, no digo un sacerdote santo, que en verdad tal calificativo no mereces, sinó al menos un sacerdote *bueno*, en el sentido vulgar de la palabra? Quizá así te lo creas tú, y contigo también otros muchos; pero, bien mirado en la presencia de Dios, y según el común sentir de los santos, no sucederá que seas más bien un sacerdote tibio? No seré yo quien me atreva á resolverlo; pero sí puedo asegurarte que si aun no eres tibio, lo serás muy en breve, pues ya te hallas sobre la pendiente que conduce á la tibieza, pendiente que cada día haces más resbaladiza por tu conducta negligente. Lo que puedo asegurar también es que hallándote en este estado intermedio, no conseguirás hacer ni la centésima parte del bien que pudieras, siendo fervoroso. Lo que afirmo es que habiendo decaído de tu primitivo fervor, te costaría sudar sangre, si quisieras volver á él. Y quien sabe además, cielo santo! si, débil y desarmado ya, te hallarías por ahí con uua de esas ocasiones peligrosas, donde otros más virtuosos que tú cayeron lastimosamente!

He aquí, amado seminarista, lo que pretende el demonio ocultar á tus ojos para conseguir mejor su intento de que continúes en la inobser-

vancia. El, pues, procura persuadirte que esas faltas que cometes son cosas leves y de poca importancia; que puedes estarte tranquilo, una vez que lo mucho bueno que en tí hay, compensará con creces lo poco malo que haces; que Dios no exige de todos la misma perfección; que basta estés animado de los mejores deseos, y conserves siempre ese horror que sientes hacia la situación del sacerdote, no solo malo, sino tibio; en fin, que, á pesar de todo, tú serás honor y prez del sacerdocio católico. Pero yo te diré que todas estas sugerencias no son más que pérfidos lazos que te tiende el enemigo, y de los que sólo podrías escapar mediante una fervorosa y nunca interrumpida devoción. Apresúrate, pues, á colocarte en terreno más firme, siguiendo fielmente los consejos que voy á darte.

### III.

PUEDO SER MÁS SANTO DE LO QUE SOY: he aquí lo primero que debes considerar, é importa penetres bien. Reflexiona, pues, en lo poco bueno que hay en tí, y no obstante cuánto empeño pones en ocultar á tus propios ojos los maliciosos gérmenes que se encierran en tu alma, apesar de que estos se manifiesten de mil diferentes maneras con frecuentes recaídas. Si fueras un seminarista totalmente indigno, esta tu propia indignidad te haría temblar, y procura-

rías por todos los medios posibles hacer más cierta tu vocación; pero como no encuentras en tí graves desórdenes, te estás tranquilo, y nada haces por librarte de tus habituales imperfecciones y por mejorar las buenas cualidades que en tí existen; de suerte que después de haber pasado dos ó tres años en el seminario, no se vé que dés un paso hacia adelante. Al observar este poco afán que tienes de progresar en la virtud, cualquiera diría que tu te crees haber llegado al grado de santidad que exige Dios de tí. Mas ésta sería una ilusión que cuanto antes debes alejar de tu espíritu, y cómo? Diciéndote repetidas veces á tí mismo: Yo puedo ser más santo de lo que soy, puedo ser más humilde, más mortificado, más amable, más estudioso, más recogido, más obediente, más devoto en fin y más fervoroso; reconozco que falto frecuentemente en cada uno de estos puntos; y sé que, si quiero, cada día puedo disminuir el número de mis faltas.

DEBO SER MÁS SANTO DE LO QUE SOY: He aquí lo segundo en que debes pensar: lo cual es como una confirmación de lo anterior. Si has de convencerte que no sólo *puedes*, sinó que también *debes* ser más santo de lo que eres en la actualidad, y para que tu convicción sea perfecta, hazte las siguientes consideraciones:— Dios me llama al estado más santo que existe

sobre la tierra, luego debo ser santo, muy santo; puesto que la santidad del sujeto debe estar en relación con la santidad del cargo que este ejerza — Dios quiere que todos los hombres sean santos, pues á todos nos tiene dicho: *Sancti estote.... estote perfecti*. Pues si á todos nos llama á la santidad, con cuánta mayor razón á aquellos á quienes ha de confiar los sublimes misterios del sacerdocio?— Los frutos del ministerio sagrado, tanto son más abundantes cuanto mayor es la perfección del que ejerce este ministerio. Un sacerdote santo por sí sólo hace mucho más bien en las almas que no harían juntos otros muchos de virtud ordinaria; los Javieres, los Regis, los Domingos, los Vicentes Ferrer convirtieron y llevaron al cielo ellos sólo un sinnúmero de pecadores, lo cual otros menos santos que ellos jamás hubieran podido conseguir. — La naturaleza humana, de suyo, tiende á la flojedad, luego yo debo pensar en subir muy arriba, si no quiero quedarme muy abajo; una imperfección al parecer insignificante, sinó se previene á tiempo, conduce infaliblemente á otra mucho mayor, y los pecados más graves han sido precedidos siempre de faltas que apenas si parecían tales; por tanto debo evitar éstas faltas, si quiero preservarme de caer en aquellos pecados — Si pudiera estar cierto de que sólo son sacerdotes malos aquéllos que

también lo fueron, siendo seminaristas, estaría tranquilo, puesto que, gracias á Dios, yo no me cuento entre el número de estos. Mas asegurándoseme como se me asegura, y la experiencia así lo confirma, que muchos de los sacerdotes actualmente indignos fueron en otro tiempo seminaristas tan buenos y aún mejores que yo, debo, pues, corregirme de mis más pequeñas faltas, y no dejar de subir á una perfección más elevada, puesto que de ésta manera y quizá sólo de esta manera, puedo alejarme más y más de ese horrendo abismo, cuyo sólo pensamiento me hace estremecer.—Si llevara de hoy en adelante una vida más fervorosa, y procurara evitar la más leve imperfección voluntaria, mi ejemplo ejercería un saludable influjo en los demás; puesto que muchos de mis compañeros que ahora ajustan su conducta á la mía, entrarían también en el camino de la perfección, viendo que yo iba adelante, y de éste modo contribuiría á implantar en el seminario la vida de fervor; lo cual sería por sí sólo el más grande bien que pudiera hacer como seminarista.—En fin, actualmente me encuentro en las mejores condiciones de poder corregir mis propios defectos; por una parte estos no han echado todavía hondas raíces en el alma; y, por otra, tengo á la vista constantemente excelentes ejemplos de virtud que imitar, superiores llenos de celo que cuidan por

todos los medios posibles de cultivar mi espíritu, y gracias abundantes que solo podré hallar en el seminario y que facilitan de un modo particular la obra de mi propia santificación. Ahora bien, será posible que después de estas piadosas reflexiones, todavía no me sintiera movido á deseos de mayor perfección?

QUIERO SER MÁS SANTO DE LO QUE SOY: Esta ha de ser tu tercera reflexión. El mejor medio de adquirir la perfección, dice Santo Tomás, es desearla sinceramente. ¿Qué debo hacer, le preguntaba cierto día una de sus hermanas, para llegar á ser santa? Querer, le contestó simplemente el santo. Según Santa Teresa, "Dios no exige de nosotros más que una buena voluntad; de lo demás él mismo se cuida.,," De aquí podemos asegurar que si hay pocas almas, aún en los mismos seminarios, que aspiren á la perfección, es porque hay pocas también que la busquen sinceramente. Apenas habrá quien se atreva á confesarlo en términos tan explícitos, pero lo que los labios no digan, lo proclaman muy alto los hechos. Las más de las veces obsérvanse ciertos vagos propósitos de perfección y santidad, mas esto no es bastante: "No basta, dice San Ligorio, que tengamos el deseo de la perfección, menester es una resolución firme de alcanzarla.... Los deseos débiles, lejos de aprovechar, perjudican; porque cuánto

uno más se alimenta de vanas esperanzas, tanto más se adormece en sus imperfecciones.,,

—Una vez que mediante las precedentes consideraciones, hayas despertado la voluntad á deseos de mayor perfección, procura reducirles á la práctica, y para que mejor consigas tu intento, comienza por reformar todo aquello que encontrases defectuoso en orden á los ejercicios de piedad.

Sabes, por ejemplo, que en tu espíritu no produce la meditación esos frutos que fueran de desear? pues mira en qué consiste. Es que no te preparas con todo el esmero posible? Es que no conservas, por ventura, durante éste santo ejercicio, una postura reverente? Es que no tienes, quizá, ese deseo vivo y sincero de tu aprovechamiento espiritual? Te propones resueltamente destruir el defecto dominante, ó adquirir la virtud opuesta? O te limitas más bien á vagas y superficiales reflexiones que nada pueden hacer en orden á la reforma de vida, creyendo que, en pasando el tiempo señalado de la meditación, cumpliste ya con tu deber? Insistes, por último, en los propósitos, teniendo especial cuidado en concretarles á un punto práctico, de cuya aplicación sabes has de hacer uso repetidas veces al día, y recordándoles con frecuencia hasta la meditación siguiente para que mejor puedas ponerles en ejecución, siempre que te vieras tentado á quebrantarles?

—Repasa del mismo modo, una por una, todas las demás prácticas de piedad y repara en cómo las haces, qué fruto sacas y cuáles serían los medios más adecuados de que resultarían más provechosas.

Los seminaristas que se contentan con sólo ser *buenos*, generalmente no se apuran mucho, al ver el poco fruto que en orden á la perfección sacan de los ejercicios espirituales. Los practican, no hay duda, regularmente durante algún tiempo, más ó menos largo; y sin embargo no se observa en ellos aprovechamiento alguno; antes se les vé declinar en el camino de la virtud; pues en el segundo año de su estancia en el seminario no son ciertamente mejores que en el primero y en el tercero no son tan buenos como en el segundo; que es precisamente todo lo contrario de lo que debiera ocurrir. En esto es donde se conoce mejor la diferencia que separa á los seminaristas que solo son *buenos* de los *fervorosos*: aquéllos ó se paran en la virtud, ó retroceden; estos, al contrario, no sólo no se detienen, sinó que marchan constantemente hacia adelante.

—Aunque todos los ejercicios de piedad, bien hechos, ayudan admirablemente á subir por el camino de la perfección, hay, sin embargo, uno que sobrepuja en esto á los demás: y es el exámen particular. San Ignacio, este gran

Maestro de la vida espiritual, le daba tal importancia, que tenía como cosa cierta que un alma que fuera fiel á esta santa práctica, no podía menos de elevarse á una grande santidad. Apoyado yo en esta autoridad, como también en la de una constante experiencia, no tuve inconveniente alguno en formular en *El Sacerdote Santo* esta doble proposición: *Nunca podremos corregir nuestros defectos sin el exámen particular—Nos corregiremos seguramente de nuestros defectos, ó al menos les disminuirémos notablemente, mediante el exámen particular.*

Es menester no confundir este ejercicio con otro que comunmente se practica en los seminarios, y consiste en una lectura pública que se hace antes de comer por el excelente libro de Tronsón, intitulado: *Examen particular sobre diversas materias*. Contiene este librito, el cual nunca sabré recomendar debidamente á nuestros seminaristas, una rica y hermosa compilación de reglas de conducta; mas en nada se parece la tal lectura al examen particular propiamente dicho de que aquí hablamos. Elegir el defecto dominante ó la virtud de que más necesitamos; penetrarnos bien de la necesidad de corregir el tal defecto ó de conseguir la tal virtud; rebuscar cuidadosamente las faltas que desde el último examen hubiéramos cometido con respecto á la

una y al otro; humillarnos en la presencia de Dios pidiéndole perdón y concebir de nuevo la firme resolución de evitar estas faltas; he aquí el ejercicio que, repetido todos los días, es, á mi juicio, después de los sacramentos, el medio más poderoso de santificación y el que más contribuye á nuestro perfeccionamiento espiritual. Haz tú la prueba, amadísimo lector, y mantente firme y perseverante, á pesar de los ataques del enemigo, en el ejercicio de esta santa práctica, y verás cuán copiosos frutos de santificación reportarás para tu alma. (1)

—Si deseas sinceramente ser más santo de lo que eres, constantemente te has de proponer como modelo de tu conducta al colegial más fervoroso. En los seminarios siempre hay quienes se distinguen de los demás por una devoción más ardiente. Cuántas veces, hablando con otro de alguno de estos, te habrás visto como obligado á exclamar: *Es un santo*. Mas no basta que le admires; necesario es que pases de la admiración á la imitación, amoldando á la suya tu conducta; que veas las virtudes que practica y tú no practicas; los defectos que corrige y tú no corriges. Estúdiale de cerca punto por punto; obsérvale en las conversaciones, en los ejercicios de piedad, en el estudio, en sus acciones las más ordinarias, en su compostura y modales; nunca le pierdas

(1) Vease *El Sacerdote Santo*, Parte 3.<sup>a</sup>, Cap. V.



de vista en la iglesia, en la recreación, en el rectorio, en la cátedra, ni en los paseos. En todo y en todas partes verás que ostenta el sello de la piedad y de la observancia; pues este mismo sello has de procurar tú imprimir en tu alma. ¡Qué hermoso espectáculo sería el que presentase todo un seminario donde los colegiales todos rivalizasen así en fervor y santidad!

—En las cosas de espíritu á ninguna tengas como de poca importancia; lo más insignificante en apariencia, sabiendo aprovecharte de ello, te conduciría prontamente á la más alta perfección; la más leve falta, cometida en fuerza de la costumbre y sin escrúpulo, te llevaría á la larga, ó quizá muy en breve á graves desórdenes. He aquí el escollo de los llamados seminaristas *buenos*: considerar como nada lo que de suyo no es muy sustancial; y no ver que lo que llaman bagatela, puede ser de trascendentales y fatalísimas consecuencias.

—Júntate siempre con los seminaristas más fervorosos. Viendo tú que ellos no gustan ni estiman otra cosa que la piedad, te sentirás como forzado á tratar con ellos de cosas edificantes, y sólo su contacto contribuirá eficazmente á tu mejoramiento espiritual.

—Al despertar por la mañana dite á ti mismo: Hoy, voy á conducirme en todo como un santo; después, al dar comienzo durante el día á

una obra cualquiera, trae á la memoria el propósito de la mañana, dirigiéndote además la siguiente pregunta: Si un santo se hallara en mi lugar, qué haría? cómo obraría en estos momentos? Dios mismo te contestará seguramente allá en el interior de tu alma; escucha, pues, su voz, haciendo lo que él te diga y estate seguro que de esta manera harás en la virtud progresos maravillosos.

—Hazte violencia repetidísimas veces en las cosas más pequeñas; pues esto te comunicará una fuerza increíble. Siendo la causa de que te halles en grado tan remiso de perfección la flojedad nada contribuirá tanto á destruirla como el hábito de la mortificación. *Tantum proficies*, dice la Imitación, *quantum tibi ipsi vim intuleris*. Una palabra inútil que dejes de decir, una buena inspiración que acojas y pongas inmediatamente en práctica, un acto de intención pura que hagas, si elevas el corazón á Dios durante tus ocupaciones ordinarias, si mortificas el apetito de la gula mientras estás comiendo, y otras mil y mil cosas de ésta índole que nada cuestan, comunican á la piedad un desarrollo particular, y contribuyen poderosamente á pasar pronto de una vida ordinaria á otra más fervorosa.

—Trae frecuentemente á la consideración ese copiosísimo fruto que durante el ministerio

sagrado podrías hacer en las almas, si llegases á la santidad sacerdotal; pues este pensamiento te movería naturalmente á traer una vida fervorosa, no ignorando que jamás llegará á ser un santo sacerdote aquél seminarista que sólo se contentara con una mediana virtud. ¡Qué efecto tan maravilloso no causaría en tu espíritu la siguiente reflexión!: Muchas almas salvaré, si soy un sacerdote fervoroso, que ciertamente se condenarán, siendo solo sacerdote ordinario.

—Para que mejor puedas poner en práctica estas piadosas resoluciones, nada hay como manifestárselas á tu director espiritual. No imites en este punto á aquellos que creen haber hecho todo con declarar en la confesión sus faltas ordinarias. Vé tú más allá. Declárate decididamente á tu director, y dile que en adelante quieres ser más fervoroso y que deseas te ayude en la empresa. ¡Qué gozo para los directores de un seminario, si todos los colegiales usaran con ellos de este lenguaje! y con qué grato afán emprenderían la santificación de sus almas! Pero, cuán pocos son de entre los seminaristas que llamamos *buenos* los que así piensen! y es porque desgraciadamente son contados los que desean con sinceridad ser del número de los fervorosos, pues casi todos se contentan con el solo grado de virtud en que se hallan, y aquí piensan permanecer toda la vida. No seas tú, al menos,

amado joven, el que tal hagas, y no quieras aumentar el número de los seminaristas indolentes. Dios te llama, no lo dudes, á una santidad más sublime; responde, pues, á ese llamamiento divino y procura ser un seminarista perfecto para que un día llegues á ser un sacerdote santo.

## CAPÍTULO IV.

---

### De el Seminarista fervoroso.

---

#### I.

Ordinariamente el colegial fervoroso ya fué fervoroso antes de ingresar en el seminario. En el pueblo, en su casa, en el seminario menor edificaba á todos por una sobresaliente y nunca desmentida piedad en la que jamás aflojó, antes progresaba de día en día; por lo que todos con justísima razón le daban el dictado de santo.

Generalmente hablando, el origen de su piedad se remonta á la primera infancia. Tuvo una madre que con exquisito esmero cultivó su alma en la virtud, á lo que hay que añadir las felices disposiciones con que Dios le dotara.

Fiel copia de los santos, para él no tuvieron atractivo alguno las ligerezas propias de los

primeros años; y si alguna vez se entregaba á entretenimientos pueriles, era más bien por complacer á otros niños, que por seguir sus propios gustos; que en viéndose libre, se engolfaba en la lectura de libros piadosos, ó se dirigía al pié del tabernáculo para allí desahogar en el corazón de Jesús su propio corazón, con grande consuelo de todas las almas buenas que no podían menos de admirar su fervor. Era, pues, el apostol Juan, el discípulo virgen y muy amado del divino Maestro.

Sin embargo, no siempre data de lejana época la piedad del seminarista fervoroso; pues á veces han precedido á la serenidad de su espíritu terribles borrascas. Víctima de perversos amigos, triste juguete de una imaginación fogosa, cayó en algunos extravíos; y bulliciosas pasiones pusiéronle más de una vez al borde del precipicio. Mas de estos peligros pudo escapar. Porque después de algún tiempo, reconociendo sus miserias, las lloró en la amargura de su corazón, uniéndose para siempre á su Dios y Señor con lazos indisolubles, mediante una pública y edificante conversión. Es Pedro que después de su caída esfuérase por recuperar mediante un fervoroso arrepentimiento la gracia de su divino Señor.

Pero no habrá otros seminaristas muy fervorosos que no hayan tenido que tocar ninguno

de esos extremos, es decir, que no hayan sido ni tan malos ni tan buenos? Una virtud, aunque imperfecta en el mundo, no podría acaso llegar á ser una virtud fervorosa en el seminario? Comunmente no es esto lo que sucede; pero tampoco hay regla sin excepción. Se han visto, en efecto, algunos jóvenes, que, habiendo sido regulares en el pueblo, después en el seminario fueron excelentes seminaristas. Pero, digámoslo sin rodeos, esta dichosa transformación, las más de las veces, sólo tiene lugar en los primeros días de estancia en el seminario; y sinó, que nos digan los más experimentados directores si han podido observar con frecuencia este mismo fenómeno en estos colegiales después de haber pasado algunos años en sus seminarios. Repetámoslo, pues; solo al principio es cuando puede convertirse en fervoroso un seminarista regular. Veamos cómo: Un joven novicio, no muy virtuoso, pero dotado de buenas cualidades naturales, á su entrada en el seminario, se siente súbitamente tocado de la gracia divina y no puede menos de entregarse á serias reflexiones á que no estaba acostumbrado. Antes, el mundo le traía distraído, amigos bullangueros disipaban su espíritu y vanos placeres le entibiaban el alma; y he aquí por qué á pesar de sus buenas disposiciones no daba un paso en el camino de la virtud. Mas cuando la

imponente magestad del seminario enajena sus sentidos, cuando la soledad del claustro, produciendo el vacío en el alma, la llena por completo de Dios; habiendo oído la palabra grave y pausada de sus venerables superiores; conocido y admirado á compañeros piadosos, modelos acabados de una virtud sin tacha; después de doblar su cerviz bajo el yugo saludable del reglamento y de hallarse dulcemente atado con la cadena de los ejercicios espirituales, entonces una vivísima claridad ilumina su mente, dejándole ver en toda su grandeza las verdades eternas, y apareciendo ante sus ojos el sacerdocio allá en lontananza con toda su grandiosa sublimidad. Entonces es cuando, hablando consigo mismo, no puede menos de exclamar: *Locus in quo stas, terra sancta est*: podré acaso, por mucho que me esfuerce, subir á ese elevadísimo grado de santidad, como conviene á un ministro de Dios, y al dispensador de los misterios de Jesucristo? Seguramente, por más que trabaje, jamás llegaré á ser tan santo como debiera; naveguemos, pues, á velas desplegadas por este inmenso oceano de la perfección sacerdotal.... Y saltando de la barquilla de los solo buenos, se pasa al bajel de los perfectos.

Tales son las disposiciones preliminares de aquéllos seminaristas que llamamos fervorosos! Observemos ahora minuciosamente su conducta.

No hablemos de la vocación de estos piadosos colegiales, ni de los mil medios que emplearan para hacerla cada día más cierta y segura. Si, como vimos en el capítulo precedente, el llamado seminarista *bueno* hizo cuanto en sí estuvo, para asegurarse bien en punto de tanta importancia, qué hemos de presumir haya hecho el que mediante una piedad acendrada vé las cosas con mayor claridad, y como por inspiración? Por tanto, si al seminario viene es porque adquirió una certeza moral de que Dios le llama.

El seminarista fervoroso siente por el seminario un cariño afectuosísimo, rayano en frenesí. Nada le falta en este lugar de delicias: superiores llenos de bondad, piadosos compañeros, el alejamiento del mundo, la vida retirada, el reglamento, el género de ocupación á que se dedica, esa mezcla tan bien combinada de estudios y ejercicios de piedad; todo ello le entusiasma y deleita, y puede decirse que nunca en el mundo hubo disfrutado de una paz como la que ahora Dios infunde en su alma.

A veces parece liquidársele el corazón, y de vez en cuando arroja furtivas lágrimas que, á pesar suyo, dejan entrever el gozo inefable de que se halla inundada su alma. A él pudieran aplicarse estas hermosas palabras de la *Imitación de Cristo: Ibi* (in silentio et quiete) *inve-*

*nit fluenta lacrymarum quibus singulis noctibus se levet et mundet, ut Conditore suo tanto familiarior fiat, quanto longiús ab omni sæculari tumultu degit.*

Conocí á un joven que entró en el seminario, después de renunciar á un brillante porvenir que en el mundo le esperaba. El día mismo de su entrada se sentía algo enfermo; pero desde el momento que puso el pié en la celda, tan diferente al aposento que tenía en el mundo, abre la ventana, hinca la rodilla y levantando sus ojos al cielo, exclama en medio de los mayores trasportes de alegría: Dios mío, heme aquí, por último, en este lugar sagrado. ¡Qué dichoso soy, Señor, qué feliz me siento! Bendito seais, oh Dios mío, bendito seais eternamente...! y raudales de lágrimas fluían de sus ojos.

A diferencia del malo, del tibio y del que titulamos bueno, el seminarista fervoroso vé con pena cómo se le van escapando los días; pues desearía que nunca se acertase el feliz tiempo de su permanencia en el seminario. En nada se parece á aquéllos de sus compañeros que, semejantes á los estudiantes perezosos de los colegios, no cesan de contar con impaciencia, día por día, los que faltan para que concluya su odiosa esclavitud, y comience la ansiada libertad.

A diferencia también de los que no son tan fervorosos, en cada curso escolar, lejos de

aflojar en la virtud, enriquece su alma con nuevos grados de fervor y santidad.

El espíritu de Dios le dirige en todas las cosas y por todas partes: *Spiritus Dei agitur*. Es digno de observársele de cerca; siempre se le vé en su puesto, conduciéndose con tal regularidad, que todos unánimemente no pueden menos de decirse: He aquí un seminarista ejemplar; he aquí nuestro modelo!

Lo que en el reglamento parece más insignificante, tiene ante sus ojos una autoridad suprema, y á él se sujeta en todos sus puntos con inviolable fidelidad. Jamás se le escapa de los labios una sola palabra cuando la regla prescribe el silencio, y no temo exagerar, si digo que preferiría morir martir de la obediencia, si es que se viera precisado á elegir entre la muerte y la infracción plenamente voluntaria del reglamento.

Este es aquél que por obedecer dejaría media palabra de por escribir y pondriase en marcha á la primera campanada. Seguramente que no serían los mismos ángeles tan ligeros en cumplir las órdenes de Dios!

Reza cuando debe rezar, trabaja cuando debe trabajar, diviértese si debe divertirse, y, como otro Samuel, siempre está dispuesto á decir al Señor: *Ecce ego, quia vocasti me*.

Si en lo poco es tan exacto, nos habría de extrañar que lo fuera en las cosas de mayor

importancia? Es, pues, á veces de una conciencia tan excesivamente delicada que la sombra del pecado le parece el pecado mismo, del cual huye con horror; y la apariencia misma de un defecto adquiere ante sus ojos las proporciones de un vicio del que para librarse incesantemente emplea, como medios, la mortificación, la vigilancia y la oración.

La voz viva de los superiores, para él es como una cosa sagrada, y por esto mismo no solo cumple al pié de la letra sus órdenes, sinó también los mismos consejos. Dios mismo que le dictara personalmente su voluntad, quizá no fuera tan puntualmente obedecido como estos sus representantes en la tierra.

En la capilla ó en la iglesia, todos quedan admirados de su compostura y recogimiento. Ni una palabra superflua, ni la más leve sonrisa, ni una ligera mirada, ni un movimiento, ni un ademán poco reverente; recto el cuerpo sin rigidez, recogido sin afectación, serio y grave sin ceñudo ni melancólico semblante, piadoso, en fin, con ese aire de piedad de buena ley que á todos encanta y á nadie ofende, no cesa de predicar con muda elocuencia por esa su sencilla y noble actitud, siendo el único que ignora el buen ejemplo que está dando. Muchas veces me he preguntado á mí mismo cómo es que otros menos perfectos, sí, pero á quienes no se

les podría echar en cara un solo defecto en materia de recogimiento y devota compostura en el templo, no causan esa grata impresión de santidad que se experimenta á la simple vista de nuestro colegial; y ciertamente no ha sabido contestarme; y es que la santidad tiene sus particulares secretos; lleva consigo un sello misterioso de simpático influjo que nos arrastra sin saber porqué. Y he aquí porqué después en él todo se explica, todo se coordina y enlaza, de tal manera que cuando en todas partes y á todas las horas se le vé siempre el mismo, siempre cumpliendo con el deber, siempre recogido, siempre modesto y siempre piadoso, uno no puede menos de exclamar: He aquí nuestro angel tutelar; he aquí el santo!

En la celda, si allí nos fuera dado penetrar, ó al menos observarle sin que él lo apercibiera, le veríamos como engolfado en la presencia de Dios, devoto y recogido, santificando el estudio con fervorosas jaculatorias, besando amorosamente el santo crucifijo, dirigiendo á Jesús y á María frecuentes aspiraciones, y alguna que otra vez le veríamos con las disciplinas en la mano, castigando su inocente carne. Quién sabrá decir los actos de virtud que diariamente se practican en la celda de uno de estos seminaristas!

En el refectorio como en todas partes se le vé también modesto, recogido, piadoso y morti-

ficado. La atención sostenida que presta á la lectura sirvele para no fijarla en lo que come ó bebe; y si alguna vez la fija, es más bien para observar qué manjar le es más apetitoso con el fin de imponerse sigilosamente alguna privación.

Donde quizá haya de admirársele más por el conjunto de todas las virtudes que practica, es en la recreación y el paseo: dulzura, agrado, caridad, sencillez, humildad, tono y maneras dulces y agradables, santas conversaciones, cándida jovialidad durante el juego, siempre contenida dentro de los límites de una gravedad sin acritud; he aquí los hermosos rasgos que allí le distinguen de los demás.

Y qué diremos del modo de pasar las vacaciones en el pueblo? Sólo los testigos de sus virtudes podrían contarnos, uno por uno, todos los motivos de edificación que dá en todas partes. Hechas las primeras visitas que exige la educación y la piedad, á parientes y personas de atención, al momento se forma para sí una á manera de soledad, donde se recoge lleno de gozo, para dedicarse á moderados ejercicios de estudio y piedad. Su compañía más amada la componen solo sacerdotes piadosos á quienes toma por guías y maestros, y quienes por su parte también no pueden menos de tenerle santa envidia por su angelical fervor.

Quién será capaz de decir las saludables im-

presiones que por todas partes vá causando en los seglares por su modestia y santidad! Cierta día una gran pecadora que se hallaba desde hacía muchos años hundida en un abismo de iniquidades, se convirtió sencillamente porque todos los días á la misma hora veía á un seminarista en la actitud de un santo al pie del tabernáculo. Este será, se dijo á sí misma, el confidente de mis miserias. Y en efecto, ordenado de sacerdote, se llegó á él la pecadora, confesó llena de compunción sus pecados, quedando libre y perdonada de sus pasadas iniquidades. Así lo refirió al menos ella misma á persona de su confianza.

Al llegar aquí, me parece estar oyendo á algunos de mis lectores que me dicen que el cuadro que estoy bosquejando es más bien un cuadro puramente fantástico y quimérico; que en él no se encuentra realidad alguna, sinó tan sólo lo ideal y ficticio. Mirad bien, amadísimos jóvenes, á vuestro alrededor, vosotros que me hacéis este reparo, y seguramente veréis entre vuestros compañeros á algunos seminaristas en un todo semejantes á ese cuyo retrato he dibujado. Son pocos, es verdad, pero, aunque pocos, afortunadamente existen. Sí; estoy seguro que no hay un sólo seminario en cualquier país del orbe católico donde no se encuentren seminaristas de esa virtud. Y es

porque la divina Providencia así lo tiene dispuesto; quiere, pues, que en todas partes haya de estos modelos vivos que puedan imitar los tibios y menos perfectos. ¡Ah! si hubiérais de escuchar la voz de Dios, oiríais como os dice de estos colegiales lo que en otro tiempo digera de su siervo Job: *Numquid considerasti servum meum Job.... vir simplex, et rectus ac timens Deum et recedens a malo, et adhuc retinens innocentiam?*

Pero, habrá desaparecido por ventura de este piadoso joven, seguiréis quizá objetándome, su natural condición de hombre? Dios, que hasta en sus ángeles encuentra manchas, no hallará alguna en este santo colegial cuya pintura acabáis de hacer? Lejos de mi ánimo pensar ni decir lo contrario. La perfección absoluta solamente se halla en Dios: fuera de Dios, no hay más que sombras é imperfecciones; y en nuestro joven seminarista se observan algunas las cuales no tengo reparo en presentar á la vista de mis lectores. Son ligeras ciertamente, pero no por eso menos reales y verdaderas; y creo deber mío ir señalando una por una; lo que contribuirá á que este mismo las conozca mejor y se aproveche de este conocimiento para corregirlas.

A veces el seminarista fervoroso concede demasiada libertad á la imaginación. Posee excelentes cualidades, hay que confesarlo; mas

algunas veces hace las cosas arrastrado más bien de un entusiasmo pasajero ó por un sentimiento impetuoso de fervor que guiado de un juicio sereno ó del conocimiento racional de la virtud; en amortiguándosele el fervor sensible, todo lo dá por perdido, y empieza á caer de las alturas de la perfección en las profundidades del abatimiento.

Mientras dura el entusiasmo, nada le cuesta, por difícil que sea: un amontonar prácticas sobre prácticas de piedad; un mantenerse, como á viva fuerza, constantemente en la presencia de Dios; comer poco y dormir menos; guardar un silencio exagerado; hacer promesas imprudentes, ó penitencias corporales sin el consentimiento de su director; he aquí unas imperfecciones que por su buena intención no conoce. Pudiera decirse que es el exceso del bien; pero el exceso del bien es también un defecto que no aprueba la verdadera virtud: *Oportet sapere*, dice San Pablo, *sed sapere ad sobrietatem*.

La singularidad es otro de sus defectos, digno en verdad de corrección. Pero en él esta singularidad no es orgullo, sinó más bien una extravagancia, ó rareza de carácter, pusilanimidad y á veces poca educación. Pero si todo esto no es vicio, tampoco virtud; al menos no es aquella virtud franca, noble, fina y seductora que á nadie molesta y á todos encanta.



A menudo preséntase también con cierto aire de austeridad y ceñudo semblante que irrita á cualquiera en vez de atraerle. Unido con Dios por medio de una piedad sincera, teme se aflojen los lazos de tan dichosa unión, desde el momento que se permitiera alguna leve sonrisa. En vez de hacerse todo para todos, como San Pablo, ó como un San Francisco Javier, quien por tener ocasión de convertir á los marineros más endurecidos en el pecado, se colocaba en medio de ellos tomando parte activa en las maniobras de la embarcación, éste, al contrario, se está allá metido entre los repliegues de una perfección mal entendida, y por nada de este mundo descende de sus alturas, para ganar los corazones mediante una amable condescendencia.

Imbuído de este mismo principio, comete un sinnúmero de imprudencias en el trato con los seglares. La menor falta que en ellos note, le parece un crimen y cree deber suyo de conciencia amonestarles y corregirles. Les reprende; en efecto, pero ásperamente, y, claro, sucede lo que no puede menos de suceder: que por no disimular lo que en vano vá á corregir, exacerba los ánimos; el mal aumenta en vez de disminuir, y se atrae sobre sí una lluvia de burlas picarescas que á la postre redundan en desprecio de la misma virtud por cuyos fueros quiso salir.

Otra de sus miserias, es la terquedad. La

causa que defiende es buena, ó al menos por tal él la tiene; pero precisamente porque la tiene por buena, por eso mismo trata de defenderla con inflexible tesón, sucediendo que en vez de convencer, exaspere é irrite más los corazones.

En la elección de amigos se muestra muy exclusivista. Compañeros que tendrían mucha necesidad de unirse á él en las horas de recreo y en las de paseo, para enfervorizarse con su contacto, no se atreven á acercarse á él por haber demostrado varias veces y de mil diferentes maneras que solo le agrada el trato de los muy piadosos.

En cuanto al carácter, deja también que desear. El espíritu de prevención, *este vicio del hombre de bien*, como le llamaría Montesquieu, le ciega algunas veces sin conocerlo; ciertos movimientos primo-primos conmueven su corazón al sufrir una contrariedad, dándole á demostrar por algunos ligeros arranques de ira. A veces una perezosa lentitud con que hace lo que no le gusta, contrasta con la diligente actividad que despliega al ejecutar aquello que es de su agrado; otras se muestra susceptible, lo cual indica que en su corazón aun no se halla del todo sofocado el germen del orgullo; y por último, cierto aire de tristeza y melancolía altera de cuando en cuando su amable serenidad, y así en otras cosas. Poco es todo esto,

ciertamente; pero esto poco no deja de ser algo; y es que el hombre viejo no ha muerto por completo, y menester es seguir luchando para conseguir contra él nuevas victorias.

Sus obras de celo suelen adolecer también de los defectos de caracter. Pues es tal su indignación contra el pecado que le impide ser indulgente y compasivo contra el pecador. A veces concibe empresas tan atrevidas y sobre sus fuerzas, que en seguida deja ver su poca prudencia y madurez de juicio. Otras, dá ciertos pasos tan escabrosos y tan poco premeditados que no puede menos de atraerse las críticas y murmuraciones de sus compañeros, viendo que traspassa los límites de la discreción; por la poca perseverancia, en fin, que tiene en lo que comienza, al chocar contra algún obstáculo, indica su poca firmeza y confianza en Dios.

En las penalidades, tentaciones y enfermedades del cuerpo, es donde más se vé al hombre. En estas rudas pruebas apodérase de él la pusilanimidad; el abatimiento ocupa el lugar de la dulce esperanza, y si por fin prevalece la santa resignación, es después de haber gemido y pasado ansiedad.

A veces, una falta cualquiera, la más insignificante que cometa, le desalienta y quita la paz del corazón. Profundamente affigido por no verse todavía impecable, en vez de exclamar

humildemente con el rey David: *Bonum mihi, Dómine, quia humiliasti me*, se turba, no cesando de decir aquellas otras palabras de Cain, que á él de ninguna manera corresponden: *Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear*. Esa misma caída debiera servirle para humillarse, vigilar más y orar; y tan solo le aprovecha para caer en el abatimiento.

Por último, los escrúpulos, esa enfermedad de las almas buenas, que tortura la conciencia, entibia el fervor, incapacita para el trabajo, quebranta la salud, altera la razón hasta trastornar el juicio, y atormenta al confesor no menos que á los penitentes, los escrúpulos, digo, constituyen á menudo el gran defecto del seminarista fervoroso. Aferrado tenazmente á su propia voluntad por un secreto orgullo que no quiere reconocer, considera como virtud su propia terquedad, precisamente porque cree que esta procede de un principio bueno, el santo temor de Dios, y por lo mismo rehusa el obedecer, y eso que la obediencia sería el único remedio para curar dicha enfermedad.

Visto el cuadro que acabo de pintar, podrá aún decir alguien que he tratado de encubrir los defectos á que puede estar sujeto el seminarista fervoroso? Que nó? pues necesario es también convenir que estos defectos son tan solo ligeras nubes que empañan su mucha virtud.

Hagámosle, ahora, unas cuantas observaciones, y descórrámosle el velo que oculta su futura vida de sacerdote.

## II.

En siendo sacerdote y habiendo salido del seminario, tendrá en tí lugar, amado joven, una de estas dos cosas: ó continuarás por el camino del fervor y de la perfección, ó le abandonarás por seguir la senda de la tibieza. Veamos cuál será en una y otra hipótesis tu conducta sacerdotal.

Si te mantienes firme en la virtud, ó bien la acrecentares con nuevos grados de fervor, dá al Señor anticipadas gracias; pues tu ministerio será colmado de abundantes y maravillosos frutos de santidad. Sí; serás un sacerdote santo, y quien dice sacerdote santo, dice un hombre lleno de Dios, un hombre hecho á su imagen y semejanza, un hombre según su corazón, la sal de la tierra, la luz del mundo, el espejo de todas las virtudes, la gloria de la Iglesia, el padre de los pobres, el consuelo de los afligidos, el ferviente apóstol; en una palabra, serás el espectáculo del cielo y de la tierra. Todo se inclina ante un sacerdote santo; en su presencia enmudece la impiedad, y á veces del fango mismo del libertinaje brotan palabras de admiración y respeto.

Si; amado joven, todo esto serás, si es que para entonces procuras conservar y á ser posible acrecentar tu vida de fervor; he aquí cuáles serán los hermosos resultados de este tu fervor.

Desconfiando siempre de tu propia flaqueza, entrarás en el mundo lleno de santo temblor, pero confiando á la vez en Dios que sabes cuida de un modo especialísimo del sacerdote virtuoso.

Te acogerás al reglamento de vida, valiéndote de él como de una impenetrable coraza. Anticipadamente, allá en la soledad del seminario y en la presencia divina habrás preconcebido y formado este reglamento de acuerdo con tu director, quien te habrá hecho jurar cumplirle con rigurosa fidelidad contra todos los obstáculos que se presenten.

Acostumbrado á respetar y á ser fiel observante de la regla del seminario, tendrás aún en mayor estima á tu reglamento de vida sacerdotal, persuadido de que hallándote en el mundo, te ha de ser incomparablemente más necesario que cuando vivías seguro en la soledad del claustro.

Resistirás esforzadamente como sugestión infernal la más leve tentación de faltar al reglamento sin una causa muy legítima; pues estarás persuadido de que si cedes por debilidad, sería ya éste el primer paso que dieras hacia la

decadencia. *Jamás, sin motivo grave, quebrantaré el reglamento que me he propuesto seguir: tal será tu invariable divisa.*

Esperarás con ánimo sosegado el primer aviso de tus superiores gerárquicos, cuando te llamen á ocupar tal ó cual puesto en la diócesis, el que aceptarás con humilde sumisión, no viendo en ello más que la suprema voluntad de Dios. Siempre serás el mismo en cuanto á obedecer con tal prontitud. No serás tu, no, quien valiéndote de subterfugios y deplorables combinaciones, inspiradas de una voluntad rebelde, desbarates los planes que tenga proyectados la divina providencia sobre tí.

Puesto en tu cargo, desde el primer día empezarás á desarrollar el plan de perfección preconcebido. Siendo al principio solo coadjutor, que es por donde suele comenzar la vida sacerdotal, te dirás resueltamente á tí mismo: Sólo estando en perfecta armonía con mi párroco, es como podrá hacerse todo el bien posible en esta parroquia. Y sentado este principio fundamental, te será ya fácil el perfecto cumplimiento de tus principales deberes.

Lejos de considerar al párroco como un amo importuno, sólo verás en él un amoroso padre, y un consejero y fiel amigo. Estate seguro que para tí será lo uno y lo otro, si tú eres para él un excelente coadjutor.

Estudiarás atentamente su carácter, sus gustos, sus costumbres y hasta su modo de pensar, para doblegarte tú el primero y ser en un todo condescendiente con él; y así poder evitar el más pequeño choque y el más ligero disgusto.

Considerarás el cargo de coadjutor no ya como una penosa esclavitud, sinó más bien como un noviciado de suma importancia, durante el cual puedas aprender al lado de tu párroco las lecciones que necesitas saber para que un día llegues á ser tú también un celoso y discreto pastor.

Jamás se te oirá una palabra, ni se te verá un gesto que redunde en descrédito de tu cura: por el contrario le defenderás con santo ardimiento contra todos sus detractores, desarmándoles por cuantos medios te sugiera tu cariño hacia él.

Respeto, confianza, amor, dulzura y agrado; he aquí las virtudes que cultivarás para ganarte su aprecio y cariño.

Te causará hastío el mundo con sus diversiones y entretenimientos, de los que huirás en vez de ir á buscar. Siempre se te hallará en el retiro y en la soledad de donde únicamente saldrás, cuando veas que la gloria de Dios y la salvación de las almas así lo exijan.

De igual modo, estarás como violento en los

festines á que fueses invitado, de donde el fervor suele salir perdiendo. Y como esto tú lo sabes, como no ignoras que allí se te entibia la piedad, les rehusarás cuanto puedas, y solo cuando lo exijan imperiosamente atenciones sociales, asistirás, pero siempre en estado de violencia, nunca por agrado ni por propia inclinación.

Ovejas muy queridas serán para tí indistintamente todos los feligreses á quienes procurarás ganar para Dios mediante una inalterable dulzura y angelical piedad. Les amarás por que te amen; les darás buenos ejemplos para que les imiten.

Acudirás presuroso al lado de los afligidos, á quienes dirigirás palabras de amor para consolarles y de compasión para aliviar de algún modo sus desgracias. Ellos verán en tí un angel consolador, un angel lleno de caridad y de abnegación.

Los pobres serán tus hijos predilectos; quienes al verte entrar en sus miserables viviendas, no podrán menos de sentir en su corazón una alegría indecible. Les socorrerás en sus apuros, á pesar de las grandes privaciones que para ello has de hacerte; atendiendo á sus necesidades temporales, no echarás en olvido el estado de su conciencia; por lo que te serán deudores muchas veces no tan solo del alivio de su miseria, como de la propia salvación.

Los enfermos, *tus* enfermos sobre todo, serán el objeto de los cuidados más exquisitos de tu celo sacerdotal. Nunca se notará en ti la más pequeña queja, ni un gesto de disgusto cuando seas llamado para visitarles; antes al contrario; significarás de mil maneras que estás dispuesto á acudir á su cabecera, al primer aviso que recibas, ya sea para consolarles en sus penas, como para disponerles al terrible paso del tiempo á la eternidad.

En cuanto á los penitentes, qué serán para ti sinó una familia de hijos pródigos que no sin razón te tendrán por su dulce y amoroso padre? Sin pretender captarte por medios bajos la confianza de alguno en particular, á todos recibirás igualmente con los brazos abiertos, á todos los que la divina Providencia te ponga delante, siendo tu único intento llevarles á Dios mediante tus paternales consejos y tierna compasión.

Te convencerás cada día más de que, para llevar á cabo obras tan laudables de celo, necesitas ser santo, y, para ser santo, seguirás, como en el seminario, dedicado á la oración, al estudio y al recogimiento.

Alargarás, en vez de abreviar, el tiempo de la meditación; celebrarás la santa misa como los sacerdotes santos la celebran, á saber, con una preparación exquisita y una prolongada acción de gracias; recitarás el oficio divino, cada

parte á su debido tiempo y con las disposiciones necesarias; todos los días harás indefectiblemente el examen particular, así como también rezarás el santo rosario, y tendrás lectura espiritual; y la visita al Santísimo Sacramento, donde tendrás puestas todas tus delicias, será el horno de fuego donde todas las tardes se derretirá tu alma en amor divino.

En fin, el retiro mensual y los ejercicios espirituales de cada año, que practicarás con entera fidelidad, contribuirán poderosamente á renovar y consolidar tu virtud. Entonces traerás á la memoria aquellos venturosos días que permaneciste en el seminario, y no podrás menos de bendecir al Señor con toda la efusión de tu alma por haberte conservado en el primitivo fervor y observancia.

Siendo párroco, nada cambiarás de tus santas costumbres y prácticas de piedad; antes te dedicarás á ellas con un nuevo y creciente fervor; pues te habrás persuadido de que habiendo sido elevado en dignidad, debes crecer igualmente en virtud y perfección.

Sí, amado joven, tal será tu vida sacerdotal, si continuas para entonces marchando adelante por el camino que con tanto ardimiento recorres ahora en el seminario. Ah! ¡qué santa será esta vida! ¡cómo santificará á los pueblos! ¡qué digna ante los ojos de Dios de ser coronada por una

muerte preciosa! *Pretiosa in conspectu Domini, mors sanctorum ejus.*

Pero si por desgracia empezaras á ceder, ¡cuán distinta conducta sería la tuya! Concediendo que ahora, siendo seminarista, es bastante sólida tu piedad, ardiente y bien dirigido tu fervor, podemos decir en términos generales que si, hecho sacerdote, empiezas á decaer, al principio no se notará en tí disminución tan solo de fervor, sinó después de pasado algún tiempo. He dicho *en términos generales*, porque también puede acontecer que, por muy piadoso que sea un seminarista, no tarde mucho en descender al nivel de sacerdote ordinario ó quizá más abajo. De cualquier modo que sea, veamos, siguiendo la experiencia, cómo podrá entibiarse tu fervor.

La vigilancia escrupulosa que, viviendo en la soledad del seminario, ejercías sobre ti mismo, sobre los sentidos y todo tu ser, era, á no dudarlo, el sostén de tu piedad. Y ciertamente no te era muy difícil practicar esta virtud, pues todo contribuía á tenerte unido con Dios, y el mundo por otra parte no turbaba en manera alguna el dulce recogimiento de tu espíritu. Pero cuando te veas en la dura precisión de abandonar la amada soledad, y como arrojado en medio del mundo, entonces ya te será muy difícil continuar tan recogido en la presencia de Dios, y

velar sobre ti con aquel esmero con que antes velabas, siendo seminarista.

El mismo ministerio sacerdotal, tan excelente como es, absorberá de tal manera tu atención, que algunas veces, ocupándote de los demás, te olvidarás de ti mismo.

Cierto es que los ejercicios de piedad, que aun practicarás fielmente, contribuirán á que recobres la vida de recogimiento, y te preservarán de caer en faltas, aun de las más leves; pero bien pronto dejarán algo que desear estos ejercicios espirituales.

La meditación, por ejemplo, será abreviada por un motivo que creerás legítimo, y que no tendría por tal otro que se mantuviera en su primitivo fervor.

El examen particular, que es lo primero que se esfuerza el demonio porque se abandone, se reducirá á veces á muy poca cosa, á una revisión pasajera y superficial de tus faltas.

Y lo mismo ocurrirá respecto de los demás ejercicios de devoción; les practicarás, sí, generalmente hablando, pero cada día con menos fervor, y hasta sucederá que de vez en cuando omitas alguno por cualquier motivo.

Considéralo bien, querido joven; sin que lo sospeches quizá, hete aquí al principio de la peligrosa pendiente. En efecto; cuando veas que practicas los ejercicios piadosos con alguna frial-

dad, con algo de indiferencia, y sin mucha afición; cuando notes que el omitirles por cualquier motivo no produce en ti ese remordimiento de otros tiempos mejores, teme ya que en ti haya empezado á disminuir el fervor y á prevalecer la tibieza.

Permíteme que aquí haga mención especial de una práctica piadosa, que pudiéramos llamar el termómetro del fervor: la visita al Santísimo Sacramento. Un sacerdote *bueno*, de virtud ordinaria, visita al Señor sacramentado, pero no con mucha regularidad y observancia; en cambio, el sacerdote *santo*, el *fervoroso*, jamás sin una razón poderosa se dispensa de esta santa devoción, sintiendo tanta pena en omitirla como consuelo en ejercitarse en ella. Portanto, si en tí observases que ya no tienes ese gusto de antes por acercarte al pié del tabernáculo, que sientes, por el contrario, cierta repugnancia, y facilmente sin causa legítima, dejas de practicar esta santa obra, ten entonces por seguro que la flojedad ha empezado á introducirse en tu corazón, y que á esta falta de fidelidad seguirán otras muchas.

En efecto, si con relación á los actos piadosos, tratamos de estudiar aquellos puntos, que antes tocamos, veremos que en tu conducta se ha introducido un germen de tibieza que es como el reflejo del de los ejercicios espirituales. No nos hagamos ilusiones; las cosas no pueden ser

de otra manera: ¿Hay fidelidad firme y constante en hacer y hacer bien los ejercicios piadosos? pues igual fidelidad habrá en todos los demás actos de la vida. ¿Hay negligencia más ó menos marcada en las prácticas de piedad? pues igual negligencia en lo restante de nuestra conducta. ¿Hay un desconcierto absoluto con respecto á estas mismas prácticas? pues el mismo desconcierto habrá en todo nuestro comportamiento espiritual. Y si se nos quisiera contradecir, necesario sería echar un solemne mentis á las observaciones de la experiencia. El sacerdote *malo* omite toda *práctica piadosa*. El sacerdote *tibio* é *indolente* practica algunas, pero muy mal. El sacerdote *bueno* se ejercita en un buen número, y las hace bastante bien. El sacerdote *santo* no solo no abandona ninguna de las que se propuso al principio de su vida sacerdotal, sino que constantemente las hace con creciente fervor. Así es como se portan cada uno de estos sacerdotes en orden á los ejercicios espirituales; examínese ahora comparativamente su conducta en lo demás, y veremos que tanto son más ó menos exactos cumplidores de sus deberes sagrados, cuanto sean más ó menos observantes en las prácticas piadosas.

Por tanto, amado joven, también tú irás infaliblemente decayendo en muchos puntos de tu vida sacerdotal, á medida que descuides los actos

piadosos. Oh! si insistieses en la consideración de tan vital principio!

Así, por ejemplo, empezarás á cometer ciertas faltas que al principio serán leves, después algo más graves; faltas que de ningún modo cometerías si continuaran aquellos dichosos tiempos de fervor.

No sentirás hacia el cura párroco aquel cariño de antes; ni serás para con él tan complaciente, tan respetuoso, ni servicial. El fervor que en otro tiempo había en ti te impulsaba á ser de aquella suerte; ahora que se va amortiguando, te ves desprovisto en parte de tan buenas disposiciones.

La soledad en que ponías todas tus delicias, comenzará á parecerte sombría y melancólica, y, por esto mismo, en vez de abismarte como antes en el océano de sus dulzuras, te sentirás ahora como precisado á derramar tu espíritu por todas partes. Es mucho de notar cómo desaparece el gusto al retiro á medida que se va uuo descuidando en los ejercicios piadosos, y cómo reaparece, según que se vuelven á tomar con nuevo ardor.

No teniendo ya para ti tanto atractivo la soledad de tu habitación, y halagándote por otra parte el vano resplandor del mundo, no hay por qué decir que sentirás menos afición hacia el estudio. Cuando uno se consagra de lleno y es fiel á las prácticas de piedad, tanto se aprecia en-



tonces el estudio como la oración, y estas dos cosas unidas contribuyen poderosamente á mantener el espíritu de devoción, si es que no le acrecientan con nuevos grados de fervor.

Aun continuarás teniendo amistad con sacerdotes fervorosos; mas como es tan connatural en el hombre buscar aquellos que se le parecen, de ahí que preferirás también la compañía del que, como tú, empiece á aflojar en la devoción.

No hay que dudar que seguirás cumpliendo con los principales deberes de tu cargo; pero ocurrirá también que á medida que vaya entibiándose la devoción, se te irán haciendo más pesados y penosos estos mismos deberes. Ya no te dirigirás al confesonario, á la cabecera de los enfermos, al albergue de los pobres con aquel ardimiento y entusiasmo, como cuando eras llevado allá en alas de tu fervor. Seguirás practicando aún todo esto, ciertamente, pero como con violencia y á veces hasta con cierta repugnancia.

Cada vez dejarás pasar más tiempo de una á otra confesión, señal inequívoca del resfriamiento de tu alma; y no tendrán eficacia estas confesiones para devolvete á tu primitivo estado de fervor, signo infalible de que ya te confiesas por rutina.

Llegado aquí, ¿crees que no pasarás más adelante? ¡Ah! si no vuelves á tu primera observancia, continuarás marchando á la decadencia.

No tengas en esto la menor duda. Es más, y fíjate bien, si quisieras recuperar tu primitivo fervor, te habría ya de costar bastante trabajo el conseguirlo; mientras que por el contrario, para seguir adelante en el camino del abandono, no tienes más que dejarte arrastrar por la rápida corriente en que estás metido, y es muy probable que quieras esto último y ¡ay de ti, si lo quieres! porque bien pronto, créeme, amigo mío, bien pronto habrás bajado al nivel ordinario de virtud, donde juraste mil veces no llegar en los días de tu vida.

Es posible que después aquí te pares; así al menos quiero presumirlo yo; mas esto no puede asegurarse con certeza; porque después de haber abusado de un sinnúmero de gracias que Dios te ha concedido y en vez de subir más arriba en la virtud ó de continuar al menos en el mismo grado, cedes y aflojas, entonces sabe Dios á dónde podrías ir á parar.

Pero supongamos que no incurres en la desgracia de hacerte un sacerdote tibio ni menos relajado; ¿qué serías, pues? un sacerdote *bueno*, y nada más que bueno; es decir, un sacerdote vulgar; mas, si tú supieras la distancia enorme que á los ojos de Dios separa al solo bueno del fervoroso....! es tanta, que si hubieras de pesar en una sola balanza los frutos de santificación que en igualdad de circunstancias hacen el uno

y el otro en las almas, quedarías verdaderamente asombrado.

Siendo solamente sacerdote *bueno*, no por eso dejarás de ser virtuoso, cierto es; pero tus virtudes irán acompañadas de tantos defectos é imperfecciones que quedarán deslustradas y oscurcidas; defectos que en otros tiempos mejores desconociste por completo. Producirá también fruto en las almas tu ministerio; en cambio, no irá enriquecido de ese cúmulo de celestiales bendiciones como el del sacerdote santo; en fin, serás uno de tantos, de quienes Mgr. de la Motte, obispo de Amiens, decía: “Muchos son los sacerdotes de vida ajustada; pocos, empero, los que tengan un espíritu verdaderamente apostólico y sacerdotal.”

Entonces reaparecerán, agravándose notablemente, aquellos pequeños defectos, que siendo colegial, cometías casi imperceptiblemente. En verdad, tales defectos no eran más que sombras; pero estas sombras hanse convertido hoy en realidades, en manera tal que aquellos mismos antiguos compañeros que te conocieron muy fervoroso en el seminario, al verte ahora tan cambiado, al ver que incurres en un sinnúmero de imperfecciones que en días más venturosos nunca notaron en ti, se dirán llenos de asombro: “¿pero es este aquel que conocimos? ¿cómo es que se ha oscurecido el brillante oro de sus virtudes?

*¿Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus.....?*

Para evitar el que caigas en este peligro, aprovéchate, amado joven, ahora que eres hijo predilecto del Señor, de los avisos y consejos que voy á darte para que te mantengas en su santo amor.

### III.

—Comienza por adquirir un profundo convencimiento acerca de la necesidad de ser sacerdote santo; pues que llamándote Dios á un cargo tan sublime, indudablemente te llama también á una eminente santidad, y todo sacerdote que no sea santo, se hace infiel á las gracias de la vocación. Graba esta verdad con caracteres indelebles en tu espíritu; y ella sea la materia constante de tus meditaciones. Insiste incesantemente en punto de tanta trascendencia, y trabaja con todas tus fuerzas por aspirar á la perfección, no cesando de decir y repetir al Señor una y mil veces: ¡Dios y Señor mío! deseo, ayudado de vuestra divina gracia, ser sacerdote santo, y deseo serlo en todos los días de mi vida.

—Para que más te afiances en estos buenos propósitos y mejor puedas realizarlos, considera á menudo en los abundantes frutos que producirías en la Iglesia siendo un santo, y por el contrario el poco bien que harás, si fueras solo

un sacerdote ordinario. Recuerda aquel memorable dicho de San Felipe Neri, refiriéndose á un San Pablo, á un San Francisco Javier, y al celo de otros muchos santos sacerdotes: «Dadme doce sacerdotes celosos y yo os daré el mundo convertido.» Recuerda así mismo, y medítalas bien, aquellas terribles palabras pronunciadas por un venerable obispo, dando ejercicios á los eclesiásticos: Decís que de día en día vá extinguiéndose la fé, y sin embargo: *Vos estis lux mundi*. Decís también que por todas partes se extiende y apodera la corrupción de costumbres, y no obstante: *Vos estis sal terra*. Es que se ha apagado la luz? Es que la sal ha perdido su sazón? Es que la palabra de Dios no está pendiente de vuestros labios, ni la sangre de Jesucristo se eleva ya en vuestras manos? Cuarenta mil sacerdotes en Francia, y el cristianismo se amortigua en Francia! Es un misterio este que yo no puedo comprender!!! (1)

—No te contentes con estarte tranquilamente gozando de las dulzuras del fervor, como si este nunca pudiera resfriarse; dale, sí, rienda suelta, pero á la vez necesario es que le cimentes bien y consolides. Mira si este fervor no es más que un entusiasmo del momento, un ímpetu de

---

(1) Palabras citadas por el P. Valuy, en el *Directorio del Sacerdote*.

la naturaleza, ó es más bien un estado ó hábito fijo y permanente de virtud. Mira bien si es la imaginación su única base ó lo es un juicio claro y sereno, un ánimo firme y sosegado; porque si no hay en tí más que fervor sentimental, no hay duda que, estando en el seminario, harás al parecer maravillas, pero en soplando el aire apestado del mundo, se bamboleará y vendrá á tierra todo el edificio de tus virtudes.

—Obsérvate sobre todo en vacaciones. No hay necesidad de que fijes la atención en las faltas que puedas cometer, porque éstas serán muy pocas ó ninguna; fijate principalmente en el punto débil de tu corazón, porque por ahí ha de acometerte el enemigo, cuando seas sacerdote; fortifica bien este lado, y toma todas las precauciones posibles para estar preparado al combate el día que te encuentres sobre el campo de batalla. Generalmente presúmese que todo vá bien, porque en el seminario se gustan dulzuras inefables en los ejercicios de piedad, y por eso, apenas si se piensa en perfeccionar y robustecer las virtudes.

—Esfuérzate por contraer tal hábito en la oración y en el estudio, que tu alma sienta como imperiosa necesidad de dedicarse á uno y á otro ejercicio, al modo que el cuerpo le siente de tomar el alimento material. No puedes figurarte

cuánto contribuyen ambas ocupaciones á mantener y acrecentar la devoción en las almas.

—Trasládate á menudo con la imaginación al teatro donde has de ejercer tu sagrado ministerio. Prevee los obstáculos que podrán presentársete; el trato, á veces inevitable, con sacerdotes poco fervorosos, los halagos del mundo, los peligros del juego y de la mesa, el riesgo de familiarizarse con las cosas santas, el olvidarse de sí mismo por cuidar de los demás, la negligencia en los actos piadosos, y otras mil y mil cosas de esta naturaleza, que suelen ser el origen ó causa ocasional de nuestra decadencia. Pregúntate sobre cada uno de estos puntos y mira bien si para prevenir sus males, te has propuesto reglas de conducta claras y concretas.

—Habla frecuentemente con tus compañeros sobre la necesidad de adquirir la perfección sacerdotal. Comunicaos mutuamente tan saludables sentimientos, á fin de que os inflaméis más y más en el divino amor. Traed á la memoria los hermosos y abundantes frutos de santificación que obtienen ciertos sacerdotes fervorosos que vosotros conozcáis, y conversad detenidamente sobre sus obras de celo. Nada hay que más contribuya á despertar el entusiasmo por la gloria de Dios, como estos santos coloquios.

—Lee vidas de Santos, principalmente las de santos sacerdotes. En ellas hallarás, sobre

todo en San Francisco Javier, en San Francisco de Regis, en San Vicente de Paul y en San Francisco de Sales, pasages que inflamarán tu espíritu y te obligarán á exclamar entusiasmado: No he de poder hacer yo lo que estos hicieron? *Quare non potero quod isti?*

—Visita con bastante frecuencia á tu virtuoso director, y suplicale que te enfervorice aún más con sus consejos y amonestaciones y te enseñe con su experiencia. Manifiéstale lo que eres, y que quieres ser. Instale á que te indique los peligros que te esperan y el modo más seguro de evitarlos. Ah! cuán útiles te serían estas santas comunicaciones.

—Cuando ya se acerque el tiempo de salir del seminario, pide al Señor que te ayude á formar un buen reglamento de vida; concreta bien los puntos y no aglomeres en él un conjunto de cosas que después ño puedas cumplir; lo principal es que hayas de observar lo que prometas. Sométele además á la aprobación de tu confesor para que haga las modificaciones que le parezca más convenientes.

—En fin, días antes de partir del seminario, haz una novena en honor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, para atraer sobre tí y sobre el ministerio que en breve irás á ejercer las bendiciones del cielo, y para alcanzar la gracia de vivir y morir santamente.

Tales son, mi querido seminarista, las reglas de conducta que podrán conservarte en el santo fervor. Ojalá, pues, las observes con fidelidad, y así, observándolas, glorifiques á Dios, salves las almas y te salves á tí mismo!

(Vease *Práctica del celo eclesiástico*, parte primera, capítulo X.)



# INDICE

---

Páginas.

|                                                                                  |    |
|----------------------------------------------------------------------------------|----|
| Advertencia del Traductor.                                                       |    |
| A los Superiores y Directores de Seminarios. . . . .                             | I. |
| Clasificación de los Seminaristas en malos, tibios, buenos y fervorosos. . . . . | 1  |
| CAP. I.—Del Seminarista malo. . . . .                                            | 3  |
| » II.—Del Seminarista tibio. . . . .                                             | 31 |
| » III.—Del Seminarista bueno. . . . .                                            | 59 |
| » IV.—Del Seminarista fervoroso. . . . .                                         | 93 |

















*Calicem salutaris accipiem*



*et nomen domini invocabo*

(ps. 115, VERS. IV.)



CS - 33383